Germán Marín

El Guarén

Historia de un guardaespaldas

TIERRA FIRME

Germán Marín (Santiago de Chile, 1934) es autor de la triología *Historia de una absolución familiar*, compuesta por las novelas *Círculo vicioso* (Premio del Consejo del Libro y la Lectura), *Las Cien Águilas y La ola muerta* (Premio de la Crítica de la Universidad Diego Portales). También ha publicado las novelas *Carne de perro*, *El Palacio de la Risa*, *Ídola*, *Cartago*, *La segunda mano* (Premio Municipal de Santiago) y *Dejar hacer*. Sus relatos están reunidos en los volúmenes *Conversaciones para solitarios* (Premio del Consejo del Libro y la Lectura, Premio Municipal de Santiago), *Lazos de familia*, *Basuras de Shangai* (Premio Atenea de la Universidd de Concepción), *Compases al amanecer* y en la antología *Últimos resplandores de una tarde precaria*. Es autor además de *El circo en llamas*, edición prologada y anotada de la obra crítica de Enrique Lihn, y de *Antes de que yo muera, instantáneas de la vida*.

El Guarén

Historia de un guardaespaldas

Germán Marín

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Distribución mundial para lengua española

Primera edición, FCE Chile, 2012
Primera reimpresión, FCE Chile, 2012

Marín, Germán
El Guarén. Historia de un guardaespaldas / Germán Marín
Chile: FCE, 2012
90 p. ; 13,5 x 21 cm. (Colec. Tierra Firme)
ISBN 978-956-289-098-4

© Fondo de Cultura Económica
Av. Picacho Ajusco 227; Colonia Bosques del Pedregal;
14200 México, D.F.
© Fondo de Cultura Económica Chile S.A.
Paseo Bulnes 152, Santiago, Chile

Registro de Propiedad Intelectual N° 216.033
ISBN 978-956-289-098-4

Coordinación editorial: Fondo de Cultura Económica Chile S.A.
Diseño de portada: Fondo de Cultura Económica Chile S.A.
Fotografías de portada: Álvaro Hoppe (periferias de Santiago)
Diagramación: Gloria Barrios A.

Impreso en Chile – Printed in Chile

ÍNDICE

I	13
II	27
III	45
IV	65
V	81
Addenda	85

No por cultura, claro, sino por instinto animal

GIUSSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA

A Carlos Larenas Wobbe,

a quien en la ficción, bajo un pseudónimo
stendhaliano, me ha acompañado en diversas
páginas, así como también en el transcurso de
los vencidos años

Desde cabro fui llamado el Guarén en la población La Pincoya debido a la flaqueza que tenía de guardar todo en los bolsillos, fuese tanto un puñado de bolitas de vidrio como un mendrugo de la parroquia, el mismo apelativo con que luego se me trató en el patio de la Escuela N° 17 José Miguel Carrera, que a mí me resultó natural, al punto de que a veces me sorprendía cuando la señorita Elsa, desde su mesa ante el pizarrón, adornada por un pequeño florero, me llamaba con su voz aflautada por mi verdadero nombre, William Araya. Me resultaba un poco ajeno que yo fuera ese, pues al mirarme por dentro, cosa que nunca hacía, sólo me sentía el Guarén, un muchachito de la calle con los zapatos rotos que, zafado como el que más, no respondía ante nadie, ni menos frente a los adultos. El tiempo pasaba como un viento sobre el polvo gris del callamperío, sin destacar ni siquiera la huella de los días, iguales todos en una rutina que se asemejaba a cierta felicidad cotidiana. Vivía entonces con mis abuelos, en compañía de un hermano menor, Jonathan, después de la muerte por enfermedad de nuestra progenitora, desaparecido ya su conviviente, huido a Argentina por un atraco que hiciera a mano armada a una sucursal bancaria en Valparaíso. De nuestro olvidado padre no conservaba ni siquiera el recuerdo de su rostro, si bien por una foto que apareciera en el cachureo familiar, al cambiarnos de sitio a media cuadra, concluí que era él, sentado muy orondo en un banco de la Plaza de Armas, apoyado en el bastón de un paraguas. Cabe señalar que fui un alumno del montón en la escuela, donde si bien nadie

se destacaba, perseveré allí hasta el último curso debido a la entrega del plato de comida al mediodía, ya que por algo era conocido como el Guarén, muerto de hambre a cualquier hora. Fue así como sin darme cuenta dejé de ser un niño y, junto con abandonar la honda para cazar palomas, me hice del primer cuchillo gracias a la huincha de metal de un somier. Era una forma de aparentar fortaleza y ser temido, amarrado el pantalón con un cordel, necesitado de crecer entre los pelusones de aquel suburbio. De todas maneras, el apodo fue quedando conmigo y, a continuación de una desordenada adolescencia, en que me chupé de un año a otro el desarraigo y la violencia vivida con gente de mi edad, entremedio de unas míseras pegas en la construcción y de unos rápidos hurtos que efectuaba en el centro, sin pasar nunca por la cana, decidí finalmente sin mucho pensarlo, cerrado el mundo a otras alternativas, teniendo mis papeles al día tanto escolares como legales, optar al ingreso a la Escuela de Aspirantes de la Gendarmería Nacional, luego de aprobar el examen de admisión. Aun cuando no hacer nada también era sacrificado, dale vagar por allí a la búsqueda de algo finalmente invisible, a la larga creaba aburrimiento y mala leche. Deseaba abandonar para siempre, llevado por el camino más corto, las granujadas hechas en la barriada donde naciera, los lanzazos efectuados después y, motivado por un tío materno que permaneciera entre rejas en Punta Arenas, los gendarmes según él lo pasaban piola bajo una buena vida, gratificada además por los sobornos que recibían de los internos. Era un trabajo que me daría dominio, aparte de vestir el uniforme, alejado de las tentaciones a la mano, proclives como resultaban por necesidad. Sin embargo, no dejó de hacerme dudar en algún momento, como el temor que puede sentir un guardián ante las fieras en el zoológico, pues en el presidio estaba reunida la flor y nata. Tras ser aceptado, luego de una rápida instrucción, en que más que nada aprendí a conocer el rigor de la disciplina, a la

par que el uso de diversas armas, egresé al año siguiente y, en razón de las buenas calificaciones obtenidas, fui destinado en Santiago a la Cárcel de San Miguel, donde se me asignó a las terrazas del patio central, en la cual no faltó el compadrito de La Pincoya que me reconociera, colgándoseme otra vez el apodo, aunque por entonces distaba ya de ser el mismo. En cierta medida empezaba a ser otro, obligado ya entonces a afeitarme día por medio y a mirar las cosas de otro modo. Principiaba a ser el uniformado William Araya que, de centinela durante horas, amparado por una metralleta, se daba cuenta no obstante de que, dedicado a custodiar desde aquel panóptico, era un enclaustrado más, a su aire la garuma en la calle a pesar de la existencia de la dictadura. El régimen en prisión ahogaba sin diferencia a todos por igual y no perdonaba tampoco la vida de nadie llegado el instante, sujeto cada individuo al ataque imprevisto, como podía ser el puñal oculto bajo la ropa que de pronto brillaba. Ay, la vida, qué frágil era allí, sujeta a cualquier cambio, peor que afuera. No obstante, los días de salida trataba de aprovecharlos, evitando volver a la pobla, gracias a la invitación a su casa que me hacía un compañero, quien solía organizar unas fiestocas con la ayuda de su hermana, la música a todo fuelle, dale atracar en el baile hasta la madrugada, incluida a veces la mojada. Arrepentido, sin embargo, del trabajo que había asumido por ligereza, deseoso de arrancar del infierno de esas galerías, poco me costó a través de un condenado por estafa, amigo de mucha gente influyente en ciertos círculos, al cual beneficié mediante una cantidad de cocaína obtenida por ahí, tomar contacto durante una licencia con alguien de la Central Nacional de Informaciones (CNI), que me puso, después de una larga espera, en relación con el mando intermedio de esa entidad. Entretanto, de vigilancia cada día, el tiempo se me hizo menos espeso, deseoso de sacarme pronto el uniforme y la fornitura, a fin de pasar a otra cosa, como sería la segunda

pega, considerada de riesgo por lo que escuchara entre los compañeros de la tropa. Al menos, claro, no conocería el encierro, ni tampoco esas monótonas guardias, al sol o a la lluvia. Debido a la instrucción recibida, fui enganchado sin dificultad, esperándose lo mejor de mí, por lo que, después del breve trámite de renuncia, dejé la Gendarmería sin pena ni gloria, bajo el ingrato recuerdo de los patios atestados, cuya gente en buena parte provenía como yo de los márgenes, apestada por la maldición de vivir. El nuevo sueldo me permitió arrancharme en una pensión de la calle Santo Domingo, administrada por cierta veterana viuda de un sargento de Carabineros y, designado a un puesto en que debía velar por la seguridad en el Ministerio de Hacienda, luego de un breve acuartelamiento en una de las casonas del aparato, en que supe de todo cuanto había de oculto, para qué hablar hoy de eso, sería repetir, comenzó una nueva vida sin otra obligación de mi parte, acompañado de un segundo agente, desaparecido a poco de llegar para más mejor, que cumplir a diario piso a piso, incluidos los baños, unas permanentes rondas en el interior del edificio público. Había que estar ojo al charqui según las instrucciones y, en especial, controlar los maletines y paquetes de gente de afuera. No hacía mucho se habían descubierto, escondidas bajo la reja de ventilación de una sala de máquinas, dos cargas de explosivos capaces de hacer volar por completo la estructura de cemento, pero como después me enteraría directamente, gracias a una infidencia de curados en el restaurante Chez Henry, esa maniobra había sido un tongo preparado desde arriba. Existía una lucha soterrada entre distintos sectores ligados al poder respecto al plebiscito que se efectuaría, el cual a mí no me venía mientras tuviese qué comer y, como protección ante las sorpresas, llevaba siempre conmigo la Star debajo del sobaco que recibiera al entrar. Obligado a recorrer desde las primeras horas cada pasillo y cada escalera de esa repartición, formada por doce

pisos, llegó un momento luego de unos meses de labor en que el personal, cualquiera fuese el rango, me saludaba a su paso, por lo que la vida me resultaba más plácida, al grado a veces de olvidarme estúpidamente de que el peligro acechaba, pues de pronto, como nos enterábamos por los rumores, no faltaban en uno u otro lugar los enfrentamientos con subversivos y los cuerpos quedaban allí tirados. El comando al que pertenecía, dedicado a custodiar los distintos ministerios, excepto los de Defensa e Interior, era considerado el menos arriesgado, pachorriento ante los demás grupos de trabajo de la CNI, si bien de golpe y raja como recuerdo, inspirada por alguien de la máxima jerarquía, se dio la orden de participar, en distintos alrededores de Santiago, en la remoción de unos hacinamientos de cadáveres, provenientes de acciones militares de años atrás, que quedaran sin mucho oficio semienterrados bajo el pasto. Venían tiempos nuevos, según se decía en los rincones, para los cuales había que estar preparados. Las imágenes superaban cuanto esperaba, acostumbrado de pronto cerca de La Pincoya a encontrar muertitos abandonados, vaya a saberse provenientes de dónde. Fui elegido al dedo por ser quizá novato y la tarea que ayudé a hacer en Quilicura durante tres jornadas, imposible de relatar por lo que se vio a la luz, perdidos esos huesos entre las ropas podridas, sirvió para darme cuenta de que la realidad proseguía ajena a uno, hecha por los demás, en que por suerte yo estaba, al menos entonces, del lado de quienes mandaban. Los cadáveres, según se rumoreaba, pertenecían a los campesinos sindicalizados de un fundo cercano, expropiado durante Allende. A partir de allí, guardando de contárselo a alguien, tuve claro el terreno que pisaba, dispuesto, sin embargo, a seguir escuchando en el seno del aparato las alocuciones a la patria y las cortesías por urbanidad expresadas en los pasillos del ministerio. Había que morir pollo así como lo hacía ayer cuando incluso robaba en el vecindario cercano al campamento. No

puedo negar que la experiencia sufrida en esos baldíos cercanos al camino Santa Luisa, me costó sacármela de encima al igual que si llevara un peso, en particular cuando regresaba de noche al cuarto de la pensión y me enfrentaba al soñar con aquel pantano formado de restos humanos, crujientes al enterrar la pala, carente de una compañía femenina que me ayudara a mitigar esas angustias. En el trabajo diario, mientras tanto, me había hecho de una mina nada de rogada, de nombre Sarita, secretaria subalterna en el Departamento de Comercio Exterior, con la que salía a menudo, casi siempre bajo el ánimo de acostarnos. Teníamos la costumbre de ir al hotel Palermo por su aire discreto, lejos del bullicio del centro y barato de precio, donde además nadie nos sorprendería entrar, sobre todo a ella, pendiente de los demás, sobrina de cierto capo de la prensa. Estaba claro que la situación en el país tendería a cambiar tras el plesbicito a efectuarse a la brevedad, doblada la mano a quienes pretendían perpetuarse en el gobierno, lo cual a mí no me preocupaba en exceso, pues si se acababa esto ya encontraría una salida, por caso el jodido mundo de la calle el cual ya conocía. Qué más daba para un guarén como uno volver al principio, aún había camino para chalupear y seguir adelante. La derrota del régimen estaba cantada desde ya y, tiempo después, tras las elecciones presidenciales con el triunfo de la democracia, se empezó a notar enseguida la mudanza que ocurriría en el ministerio, presente también en la CNI, en que diversos funcionarios antiguos, provenientes de la cosecha del Mamo Contreras, empezaron a desertar luego de saberse la quema de numerosos archivos, llenos de datos confidenciales. Era mucha la información que entraba por distintos canales se decía, incluso de gente partidaria sospechosa de algo, por ejemplo de datos de su vida privada. Justo en esos días ocurrió el hecho, aparentemente anodino, que representó al poco tiempo un vuelco definitivo en mi vida, como fue la conversación mantenida con el señor

Garrido, perteneciente al gabinete del ministro. Me expuso que un buen amigo suyo, conocida figura del empresariado, celebraría pronto una fiesta en su casa para despedir a las autoridades económicas salientes. Deseaba por precaución, en vista de que los extremistas empezaban a andar sueltos, que alguien del oficio durante esa noche asumiera el resguardo del lugar. Yo le dije en respuesta que usted era la persona adecuada, me señaló el señor Garrido, explicándole además que su comportamiento aquí ha sido ejemplar, confundido como uno más dentro del personal de Hacienda. Si bien me resultó gratificante la imagen que existía de mí, encontraba tarde que ese juicio llegara a mis superiores, a la desbandada como ya estaban, pero lo mismo le agradecí a éste su reconocimiento, quedando en llamar al empresario, don Juan Luis Sotomayor, al teléfono directo de su despacho. Al día siguiente, tras atenderme luego de unos minutos, su voz me resultó perentoria, acostumbrada a mandar, pero como correspondía agaché el lomo, dispuesto a ser el típico lameculo. La asistencia al convite en La Dehesa no fue excesiva y, gracias a la colaboración que me prestaron dos guardias, uno dedicado a la vigilancia de los autos estacionados afuera y el otro a rondar, acompañado de un mastín, entre los árboles del jardín trasero, la reunión social transcurrió con absoluta normalidad, avistando las veces que crucé el salón, bajo la simulación de una copa en la mano, a diversas personalidadades del régimen tanto civiles como uniformadas. Ahí estaba reflejada la patria, al igual que en una fotografía, tal como exaltaban los jefes de la CNI en los aniversarios, al lado del cura castrense. Nunca hasta entonces, ni siquiera para robar, había entrado a la casa de un rico, colmada de habitaciones, todas con las luces prendidas, donde brillaban tentadores los objetos de valor que, hasta un par de años atrás, mano larga, me hubieran resultado irresistibles. Al final de la noche, retirados los últimos invitados, el dueño de casa en el vestíbulo me agradeció los

servicios y, junto con entregarme un sobre con dinero, me dijo al despedirse que le agradaría charlar conmigo en otro momento. Luego de mirarme agregó, mientras retenía blandamente mi diestra, le propongo reunirnos a cenar la próxima semana, lo cual significó en mi huacha vida, sin darme cuenta en ese instante, que la moneda en el aire caería esta vez en el lado bueno de la vida. La cita mantenida con don Juan Luis Sotomayor se celebró cuatro días después en un restaurante de la avenida Isidora Goyenechea, acicalado con el traje a la moda que comprara para la fiesta reciente, gracias a cuyo encuentro me permitió superar el trabajo que llegaba a su término. Existía en el comando una verdadera confusión acerca de lo que venía, advertido también del abandono de algunos mandos de abajo, aun cuando se comentaba que habría un desahucio para quienes conformábamos el perraje dador de sangre. La conversación fue extensa con el empresario, si bien al principio, llevado por cierta timidez, me conduje con altibajos, pero después, debido seguramente al trago en abundancia, todo fue más suelto, más fácil, incluso la participación de él, mostrándose abierto al diálogo, al extremo de preguntarme en un instante, mientras su pierna rozaba la mía con intención, si andaba armado esa noche, ante lo cual le mostré sonriente la pistola Star, oculta debajo de la servilleta, aquí está, señor. Amenazante en su color negro, casi brillante, permanecía tendida sobre el cierre del pantalón. El caso es que al poco rato, pronto ya a pedir la cuenta, me señaló más adusto, vuelto a su papel de empresario, que deseaba contratarme a su servicio como guardaespaldas para él y su familia, pues, como usted también estará de acuerdo, me indicó calmoso, la tranquilidad en el país se está acabando y no quiero en el futuro sorpresas desagradables. Fuera de las personas de Cansino y el Polaco, miembros del comando, con quienes tenía cierta confianza, a ninguna otra le conté el acuerdo establecido con el señor Sotomayor,

con el cual me comprometí a empezar bien él regresara de un viaje de negocios a Brasil, tiempo que aproveché, entre otros asuntos, para zafarme por completo de la CNI que, a falta de dinero en caja, el funcionario de intendencia me permitió quedarme con el arma de servicio y un chaleco antibalas. No me iba con las manos vacías, sino con algo, además, que podía servirme en cualquier momento. Fue así como abandoné la pega en el Ministerio de Hacienda y, a la espera el lunes siguiente de presentarme en la oficina del nuevo jefe, dediqué esos días a tirarme la pera sin dejar de llamar a Sarita, a la que invité a salir por última vez, lejos de decirle que terminábamos. Cabe agregar que distaba de tener un corazón sensible en el amor y, por tanto, no soportaba las lágrimas de mujer, menos aún en las latosas telenovelas. Lejos de saber entonces que se cerraba un pedazo de vida iniciado en las calles de tierra de La Pincoya, adonde no había vuelto por temor a encontrarme con los cucarros de antes, quise prepararme para esta otra etapa sin tener una idea precisa de cuáles serían mis obligaciones, al margen de que, en líneas generales, debería cuidarle el pellejo al empresario y los suyos. El negocio consistía en estar al aguaite de los imprevistos que surgieran. Si bien el ambiente social estaba cargado de tensiones, dispuestas algunas fuerzas a reagruparse, no era poco además, conociéndoles la pasta, que muchos de los fulanos de la CNI quedarían cesantes, al igual como yo estuviera casi a punto, inclinados cada vez que podían en las detenciones y allanamientos a quedarse con lo ajeno e, incluso, todavía hasta entonces, a ensuciarse las manos con sangre. Las amenazas, en fin, podían venir de cualquier lugar, débil además el gobierno civil que empezaba bajo la hoja de papel de la democracia. Por otro lado, sin embargo, sospechaba que el señor Sotomayor, aparte de las obligaciones a cumplir, pretendía sin palabras buscarme la amistad a objeto de llegar a otra cosa, ante lo cual no me arrugaría, pues, adolescente, algo ya

había sabido de ese merequetengue y no por ello podía definirme de maricón. A esa edad comenzaba a ser un gallo de pelea, aliñado como el que más en cualquier orden, que, enemigo del engaño a veces, al resultar víctima los viernes de pago, las emprendía a golpes contra el capataz de la construcción. Era un hueso duro de roer como también resultaba cuando, llevado a pasar en algún baile quinceañero del vecindario, arreglaba cuentas a la salida, pues no por nada me llamaban aún el Guarén, puta la huevá. Fuera de haber conocido el chalet del empresario la noche de la fiesta en La Dehesa, donde me topara con su mujer entallada de largo, desnudos los brazos en un vestido escotado, ignoraba algo más acerca de él, al margen de sus estrechas amistades con personas del régimen, pero a partir del lunes cuando llegué al edificio de columnas en la calle Napoleón, en el barrio El Golf, cuyo despacho ocupaba entero el décimo piso, me quedó ratificado que era desde luego un hombre importante, cargado de dinero, como lo demostraban, a través de los paneles, las distintas secciones financieras que dividían la planta. En el primer momento me sentí desorientado, incluso algo bajoneado, como si se supiera, a pesar de la ropa, el origen rasca proveniente de los baldíos que me acompañaba. No me cabían dudas, desde mi modesta experiencia, viendo ese mundo organizado, de que así era seguramente el poder verdadero que mandaba en Chile, distante de quienes yo fuera parte en las tareas sucias a cumplir, tanto en prisiones como en el comando. A diferencia de la calma demostrada cuando nos encontráramos en el restaurante, esta vez resultaba una persona nerviosa, a punto siempre de estallar, preocupada de la documentación que pasaba por sus manos y que luego, seguida de una rápida mirada, devolvía a un tercero bajo uno u otro comentario, entremedio a veces de los llamados telefónicos. La pantalla del computador, entretanto, dirigida hacia él, parecía estar en funcionamiento, pues de pronto se concentraba en ella

preocupado de la información, bursátil como me enteraría después. Cada cierto rato, acordándose de mí, levantaba la cabeza y me decía, te ruego un poco de paciencia, estoy por desocuparme, hasta que, pasado el mediodía, exclamó ya, terminé al fin, retirada la última persona que le consultara, después de rogarle que cerrara la puerta. Sentado frente a un macizo escritorio de caoba, donde se destacaba a su costado una fotografía enmarcada, al parecer de la familia, la espalda recibía la luz de la ventana, por la cual asomaba ahora un rayo de sol que iluminaba en la pared contigua, arriba de cierto mueble antiguo, un cuadro de tema marino. El empresario también era el poder, pensaba, sin dejar de poner la vista en el resto del despacho. Se trata en resumen, me espetó un tanto disonante, de que, junto con acompañarme, cuides también a los míos, fijando yo la atención sin querer en esa calva incipiente que brillaba ante mí. Era un cincuentón que, cacharpeado en su ropa, presentaba, sin embargo, un claro desaliño. Esta mañana temprano, después de que el chofer fue a dejar a los niños al colegio y luego me trajo para acá, le expliqué que desde hoy tú harías, entre otras, esas tareas, si bien asistirás a María Paz cuando deba salir, como lo hace a menudo en las tardes. Nada me señaló en privado acerca del sueldo a ganar, seguro que aguardaría el resultado de mi comportamiento, pero dispuesto a que comenzara enseguida, me presentó a quien era el contador, mire, don Abelardo, ponga a William en nómina como secretario particular y, después de asignarle un lugar en la oficina, entréguele las llaves del Mercedes, le dijo. Bien éste se retiró, servil en su postura al parecer desde siempre, el empresario me puso la mano en el hombro en un gesto de confianza y me señaló, ándate a casa a almorzar, donde ya saben de ti, lleva el auto para que vayas conociéndolo y, de regreso a las cuatro, espérame abajo pues debo ir al dentista.

II

Fue así como desde aquel día se inició la relación con don Juan Luis, dedicado a cuidar la integridad de él y de su familia, escoltándolo armado cada vez que salía por uno u otro motivo, aunque no obstante frecuentaba a menudo entonces las obras en construcción de la Inmobiliaria Káiser en Santiago y Viña del Mar, de la cual era socio mayoritario. Me agradaba viajar a la costa, adonde había ido ocasionalmente dos veces a Cartagena cuando era cabro, perdido en medio de un grupo de veraneantes de la población. Como me acostumbraría a escuchar los nombres de esas empresas, tenía intereses además en la Cuprífera Rayén, cerca de Copiapó, como así también en la Sociedad Ganadera del Sur, en la Patagonia. Debido a esas actividades, como también escucharía en la oficina, habituaba a manejar unas grandes sumas de dinero en las transacciones de la Bolsa de Comercio, lejos, sin embargo, en el ámbito personal, de lucir una vida ostentosa, a diferencia de algunos de sus amigos, dedicados a las excursiones de placer al Caribe, a quienes a veces frecuentaba para jugar unas largas sesiones de póquer, aguardándolo en el auto hasta muy tarde con la radio prendida. Me gustaba escuchar mientras fumaba, a diferencia de la gallada, los programas de tangos y boleros. Fuera de esa distracción no le conocía otra a don Juan Luis, excepto en ciertas oportunidades de llevar a sus niños a certámenes de tenis internacional y, ocasionalmente, de concurrir al hipódromo. A medida que el tiempo fue pasando sin novedades, el trato que tuvo conmigo fue más estrecho, dado de pronto en los trayectos en el Mercedes a

enhebrar conversaciones, a preguntarme acerca del pasado vivido en La Pincoya, de la experiencia en Gendarmería, si bien ayudaban a esa confianza los deslices que ocurrían durante esos viajes al norte o al sur, en los confortables hoteles donde nos alojábamos. Mi persona resultaba una compañía que le daba cierto desahogo a su agitada labor, pendiente de cuanto sucedía en las tres firmas a su cargo, indiferente al parecer al transcurso que lo aguardaba en casa al regresar de la vorágine, inútil María Paz de ser algo más que un adorno viviente como así la observaba, según deducía. De mi lado, sabía mantener el respeto ante él, lejos de cualquiera intimidad, en particular delante de los demás cercanos, a quienes fui conociendo de a poco, entre los cuales se destacaba su compadre Rolando Vega, empresario también, ligado a él en la Cuprífera Rayén en su calidad de accionista. Los otros cuicos no me prestaban atención, distantes de mí al modo como si fuera un sirviente, lo cual no dejaba de ser cierto, al identificar sólo al guardaespaldas, rayano en el vulgar matón de barrio. Yo no tenía imaginación para calcular cuántos palos depositaba esa gente bajo sus colchones, pero lo cierto era, al menos para mí, que don Juan Luis sólo se preocupaba de eso y su presencia en la casa resultaba circunstancial, de paso por ésta cada día como un huésped, donde causaba la impresión, aparte del natural jolgorio de los niños con él, de que nadie lo aguardaba al término de la jornada. Era uno de los primeros detalles que había observado al entrar a esa casa y, desde luego, sólo cabía guardar silencio al respecto, si bien ya disponía de la confianza del personal de servicio, en particular de la Simona. Tal como don Juan Luis me había instruido oportunamente, cada mañana a las siete y media llevaba a los hijos al colegio y, de vuelta, lo recogía a él para conducirlo al despacho desde donde, si no existía en la agenda alguna reunión de directorio afuera, regresaba a casa para acompañar a la señora si iba a salir. Al principio María Paz me prestó una mínima

atención, semejante al trato que observaba con la Simona y el resto del personal de servicio, dedicada a estar la mayoría del tiempo en el segundo piso, adonde yo jamás subía, sin saber a qué consagraba su ocio, tal vez a leer novelas de éxito, a seguir la televisión, a hermosearse delante del tocador. Si por formalidad yo llamaba a diario al empresario como don Juan Luis, a María Paz no dejaba ante mí de tratarla a secas por su nombre, debido a un motivo no menos secreto que empezaba a cosquillearme la razón. Me refiero al hecho, cuando la llevaba de un lugar a otro del barrio alto, de la rosada nube de perfume que se creaba al subirse al auto, cuyo efluvio me presionaba durante el viaje al lorearla constantemente a través del espejo retrovisor, a mirarla desde sus piernas cruzadas, cubiertas a veces por unas medias negras caladas, hasta alcanzar más arriba, donde sopesaba en el asiento tapizado la molicie tentadora de su cuerpo. Nunca he sido enamoradizo, mas la mina me atraía, quizá por la imposibilidad, ama y sirviente cada cual, pero mejor calla corazón. Ella era la típica mujer de clase rica que se divisaba en La Dehesa, acostumbrada a menudo a concurrir a los salones de belleza, en lucha ya con la edad, pero que no dejaba de ser atractiva para mi gusto, aunque distante y silenciosa vestida siempre a la moda, como me daba cuenta por las revistas caras que encontraba tiradas en los divanes. Desconozco si era una buena madre, dejado al parecer el cuidado de los niños a la Simona, quien se encargaba de ellos al regresar del colegio. No obstante, otro aspecto más fue el interés que me provocaba desde que, chofer también de ella, empecé a observar con curiosidad al salir en las tardes, que casi siempre me pedía que la dejara en la avenida Alonso de Córdova al llegar a Francisco de Aguirre, bajo la solicitud permanente de que, dos horas después, pasara a buscarla allí, lo cual siempre obedecía luego de pasar el rato en algún café cercano. A continuación me ordenaba volver a casa, acaso diferente al observarla, tocada por cierto cansancio

que adivinaba en sus ojos, desaparecido el rímel, difuminado el rostro y, en particular, volatizado el perfume. Sin embargo, cierta tarde, a punto de proseguir hacia un estacionamiento tras bajarse ella, observé que María Paz hacía después detener un taxi y no encontré mejor cosa, mitad por indiscreción, mitad por obligación, que seguirla a corta distancia, deteniéndose cuadras más allá, casi esquina Kennedy, donde entró rápidamente a un edificio bacán cuyas señas memoricé, todo lo cual me hizo deducir, pensando en forma carroñera, no sé por qué, que andaba en malos pasos. A partir de ese momento, guardando el secreto ante don Juan Luis, mi mirada fue otra frente a ella y empecé así a descubrir a la persona que ocultaba, alejada de los demás no sólo por la antipatía que demostraba, quizá natural. Mientras tanto, la labor que cumplía con mi patrón seguía su curso, lejos de cualquiera dificultad, si bien por la prensa uno podía darse cuenta de que la delincuencia iba en aumento, no el extremismo marxista que se auguraba, por lo que nunca soltaba la Star que llevaba conmigo, dispuesto a usarla ante el menor peligro. Yo era la sombra de don Juan Luis cada vez que salía, seguro de que conmigo estaría siempre a salvo de aquel enemigo sin nombre. Debido a la relación cada vez más fluida que mantenía en la casa, donde empezaba a ser considerado un miembro más del personal doméstico, compuesto por la gorda Simona, Carmencha y el viejo Nicomedes, no trepidaba ahora en subir con libertad al segundo piso, empujado por el apuro en las mañanas de llevar al colegio a los niños. Sentirme en esa casa era habitar una vida pirula que desconocía, regida por la comodidad, donde cada vez me movía con una mayor independencia, casi como uno más, patudo. Fue así como pronto, una jornada cualquiera, de regreso cierta mañana de la oficina de don Juan Luis, me atreví sin pensar en más, pero cuidadoso al igual que un ladrón, a merodear ante el dormitorio de María Paz para observar si aún dormía, tarde como al parecer se

acostaba cada noche, ante lo cual decidí finalmente entrar, semiabierta la puerta, instado por las sospechas que ella venía desatándome, la última el día anterior al tomar de nuevo un taxi subrepticiamente. Nada en verdad sacaría en limpio al respecto, si bien me permitiría adentrarme en su intimidad. Siempre me ha resultado curioso ver dormir a la gente, como me sucedía en las rondas nocturnas que hacía en la Cárcel de San Miguel, inerme y volcada la gallada en otro mundo, al igual que María Paz en ese momento, boca abajo cubierta por la sábana que, desordenada en la penumbra, mostraba sus hombros al desnudo, perfilando los bordes de unos senos aplastados, donde pude observar el celeste de sus venas. Sentía miedo de despertarla a pesar de los cuidados al pisar la alfombra y, a continuación de encontrar su ropa interior de color malva depositada en una banqueta, olorosé su tejido de seda fresco y resbaloso hasta el fondo del alma, comprobando luego, mediante unas huellas de semen resecas, halladas en el asiento del calzón, que estaba en lo cierto. Remota y helada como la imaginaba, María Paz tenía sin embargo un amante, como ya calculaba de esas fugas. Miré otra vez hacia ella, confiado según ese rostro al natural sin menjunjes, levemente pálido, que sus sueños eran una tumba segura que nadie violaría, al margen de esta incursión que estaba perpetrando al pie de su cama. Desde luego me cuidé de decir algo, sobre todo a don Juan Luis, quien también se las traía, como me resultaba claro, al cual en cada salida a provincia, cabe señalar honestamente, junto con penetrarlo en la soledad del hotel, le dejaba amoratadas las nalgas por las golpizas que le gustaba recibir, masoquista como dice el diccionario. Nada tampoco le demostré a María Paz de estar advertido de lo suyo y de que, una vez a la semana al menos, volvía a repetir lo mismo, si bien ahora me ocupaba choreado, de vuelta a casa en La Dehesa en un viaje silencioso como siempre, en observar de soslayo el rostro con que regresaba, en desorden quizás el peinado,

junto con un aire menos cuidadoso, descolorido el maquillaje, evaporado el perfume con que la identificaba. Mi pregunta era quién sería el fulano con el cual se encontraba, de seguro un pije de mierda de su clase social. Con los niños de la casa me llevaba entretanto muy bien, amigo de ellos, acostumbrados cuando no asistían al colegio por ser días de vacaciones, a jugar conmigo a la pelota en el pasto del jardín unos arduos partidos o, a veces, autorizados por la madre, a acompañarlos al cine a ver el último estreno infantil, todo lo cual representaba para mí una suerte de compensación, de vuelta artificialmente a la infancia que apenas había vivido, rodeado de aquellas apretadas casuchas de tablas, de la caterva de quiltros vagos y, sobre todo, de los vertederos cercanos humeantes. Si bien me entretenía con ellos robándole el tiempo al trabajo, por otra parte yo no era la niñera ni menos cumplía el papel de la Simona, feliz en un mundo desconocido al que jamás había tenido acceso, debido vaya a saberse si a la mala cueva o a la falta de voluntad de Dios. El crimen del senador Jaime Guzmán, líder de la derecha, perpetrado por un grupo con sangre en el ojo, trajo consigo una honda preocupación en los sectores afectados, de tal modo que debí cumplir, tras resolver con don Juan Luis, las medidas de protección a implementar, consistente la primera en poner a un vigilante, debidamente armado, al cuidado de la entrada a la planta de la oficina. Por mi lado decidí alterar los recorridos que hacía cada jornada y, junto con decidir el cambio de la Star por una CZ más moderna, capaz de perforar una plancha de hierro a diez metros, le pedí que reemplazara el Mercedes, quizás a esa altura demasiado fácil de identificar. La pistola era la amiga inseparable que, guardada bajo las pilchas, ayudaba a protegerse del mundo imprevisto. Al respecto, nuestras salidas a terreno eran periódicas, dedicado él a supervisar la marcha de los negocios, sobre todo en el ramo de la construcción, donde proseguían varios edificios en obras, uno de éstos a

gran altura en plena Ñuñoa, desde cuya terraza en el último piso, dueño del mundo como se sentía, le agradaba mirar a su gusto el contorno de la capital y, como me dijera cierta vez, gracias al esfuerzo de personas como uno, Santiago está cada día más potente, William, más grande, semejante a una ciudad de afuera. Don Juan Luis se sentía partícipe del progreso alcanzado en el país, solidario de éste desde que se enrielara en la buena senda gracias a Pinochet, si bien por dentro, al conocer mejor al empresario, resultaba a todas luces un individuo fulero, como lo demostraba delante de su mujer, según se verá más adelante. Aunque tenía claro que María Paz se las traía, nada había cambiado de mi lado respecto a ella, diligente siempre, prendado de su persona, pero no obstante me interesaba saber, ojalá sin ruido, con quién se acostaba. Nada me parecía mejor, dado que recordaba el edificio adonde llegara vez pasada, aproximarme al lugar y, de un modo u otro, investigar acerca de la gente que lo habitaba. Ahí estaba el choma que se la comía, quien dejara su recuerdo en la prenda interior de María Paz. La búsqueda no me resultó difícil, consistente cierto mediodía, acompañado de un fajo de sobres, en presentarme ante el portero como repartidor de propaganda, quien me autorizó a entrar luego de obsequiarle un cepillo dental envasado, regalo de la supuesta firma. En el vestíbulo, dueño de la situación, me dirigí al compartimento de las casillas postales, donde busqué con calma entre los depositarios, algunos de ellos pertenecientes a despachos de abogados, otros a consultorios de médicos, hasta que en un vuelco, entre varios compartimentos sin datos, encontré lo que menos aguardaba, el membrete en el cual aparecía estampado el nombre de Rolando Vega, el socio y amigo de don Juan Luis. Me resultaba difícil de creer que fuese así, pero no podía conjeturar que era producto del azar. Desde esa vez, luego de dejar al descubierto el entuerto, comencé a prestar atención a quien sólo imaginaba, al margen de su amistad con don Juan

Luis, ligado económicamente a la cuprífera, dándome cuenta en la oficina, con el oído puesto en las copuchas de las secretarias, siempre al día, de que Vega había enfriado su trato con el consorcio, como así también con el habitual compañero de póquer, debido al parecer a unos desacuerdos acerca de la política bursátil a seguir. En verdad el empresario ya no asistía a esas sesiones de naipes. No entendía por ignorancia qué ocurría en ese asunto, pero ya entonces escuchaba a veces putear a don Juan Luis respecto a las acciones de la Cuprífera Rayén, dispuesto a liquidarlas si continuaban a la baja. Sobre el siútico Rolando Vega sabía muy poco, divorciado de una actriz de teatro, unido a su socio luego de haber hecho juntos, por inspiración de éste, unos suculentos negocios durante el mandato del general Pinochet, consistentes en la compraventa de diversos bienes del Estado. Era la papa en ese entonces, mientras el rotaje se iba cada vez más a la cresta, y con él yo. Si de algo podía estar seguro conociendo ese ambiente ajeno a mí, en que cada cual estaba en lo suyo haciendo su vida, es que podía respirar a mi aire, ausente de cualquiera culpa, a pesar de la relación subrepticia con el empresario, en particular cuando salíamos a provincia. María Paz, entretanto, proseguía siendo para mí sólo la expresión de una mirada de soslayo, no obstante la molestia que me provocaba su aventura con el ricachón. Al poco tiempo, sin embargo, después de llevar a los niños al colegio una mañana que llovía, me encontré con la sorpresa, rompiéndose el equilibrio que observaba en la casa, de la disputa que arriba estaba sosteniendo la pareja. Agitada, impaciente hablaba María Paz, extraña su voz, como si fuese de otra persona, yo no voy a dejar, accionista como soy de una participación, herencia proveniente de mi padre, que vendas el paquete a los japoneses. Era la primera vez que advertía una discusión entre ambos, sobre todo una actitud como la de ella, a quien no le conocía esa capacidad de reacción, siempre vuelta a sí misma la mosquita muerta.

Simona también presenció la discordia y me sopló asustada que provenía de la noche anterior, por lo que de mi lado, sin saber qué hacer, aguardé a que bajara don Juan Luis como sucedió al rato, conduciéndolo enseguida, sin cruzar una palabra en el trayecto, a un desayuno que se ofrecía en CasaPiedra. Esa mañana entendí que, si bien cada cónyuge vivía a su modo, el dinero era el lazo que los unía, atados a ciertos intereses comunes, lo cual quizás ayudaba a explicar el orden de cosas reinante en esa familia. Luego de ponerme a trabajar al servicio de don Juan Luis, esperaba un mundo menos vinculante, ajeno como en las pegas anteriores, en que no se me durmieran los pies de aburrido si me quería ir. Ahora, al revés, cada vez me sentía más envuelto por las circunstancias, de las que podía deducir a mi favor la libertad existente en María Paz, al margen del enredo con el socio de su marido en la Cuprífera Rayén. Después del entrevero matrimonial, me acicateaba con más fuerza, ausente de ella cuando no salíamos, el perfume con que me subyugaba en el interior del auto, de pronto tiesa o al borde de la erección, el cual me instaba a recordar, nítidas al igual que en una fotografía, las prendas íntimas que chueco revisara hacía poco en su dormitorio, livianos esos encajes de espuma en torno a los bordes de la huella de su hendidura, la concha en el lenguaje de uno. Si bien ahora por lo que aguaitaba se veía en menos oportunidades con Rolando Vega, vaya a saberse por qué, a menudo la acompañaba a un lugar u otro, a veces al Estadio Español a seguir un curso de tenis, sabiendo que debajo de la ropa deportiva había una intimidad de la que yo no era por completo ajeno y, al cruzar una pierna sobre la otra en el asiento, ambas húmedas de sudor, sentía a través del espejo retrovisor cómo ese muslo, de seguro bajo un olor a mar, se apretaba al vientre. La imaginación de pronto jugaba a mi favor calentándome aún más. Era limitado el diálogo que manteníamos en el auto, pero en cualquier caso resultaba hoy un poco más frecuente,

preocupada ella, sin embargo, de mantenerse distante, como si ese silencio, según me parecía algunas veces, bastara para comunicarse sin palabras. Con don Juan Luis el trato era distinto, sobre todo en privado, cuando me pedía que lo tuteara e, incluso, más allá de nuestras prácticas, me rogaba que lo vejara durante esos viajes, humíllame me decía implorante, trátame de viejo puto, me hace bien al espíritu quedar al descubierto. Dada la confianza que teníamos en esas periódicas idas a terreno, destinadas por el empresario a revisar los cumplimientos, pude enterarme algo más de la relación que mantenía con María Paz, oscura como entendí, con quien desde el segundo hijo habitaban en dormitorios aparte, no obstante que el problema de fondo en esos días, por encima de las dificultades de alcoba, provenía de la herencia familiar que ella recibiera, incorporada al pàtrimonio de don Juan Luis para un mejor uso del capital. De números yo no sabía nada ni tampoco me interesaban, pero me quedaba claro que María Paz de seguro craneaba que existía una amistad entre su marido y yo, por lo que esa situación justificaba el hecho de acostarse ella con el amigo de su marido. Resultábamos tal para cual guardándose de decirlo, si bien nunca lo expresó. Sin embargo, el paso de una semana a otra y luego a la siguiente, lento y gradual como es el invierno, me hizo dar cuenta con una lógica sorpresa que María Paz tras bajarse del auto, contrariamente al subterfugio anterior, ya no tomaba el taxi que la conducía al departamento de Rolando Vega. Había peleado con él luego de la corta separación que advirtiera, cuyo origen lo sabría más adelante por casualidad. Ahora me pedía en ocasiones, a veces en las mañanas, que la dejara en Providencia, juntándonos después a la salida del café Villa Real, en la avenida Pedro de Valdivia. A veces andaba con alguna amiga, poco frecuente en ella, distante de las relaciones. Mentiría si no dijera que, en vista de todo aquello, mi interés por María Paz se había acrecentado, a pesar de la altanería habitual de

ella, pero a la cual ya estaba acostumbrado, dispuesto como un animal servil a seguirle el amén, más aún cuando entendía que, a falta de alguien, pronto su cuerpo reclamaría ayuda. María Paz me llevaba a pensar mal, como por costumbre me ocurría con las mujeres, incluida Sarita cuando yo trabajaba en la CNI. Justamente por esos días se dio la presencia en Santiago de un grupo financiero japonés que, después de recorrer el norte en una visita de inspección, llegó a entrevistarse con don Juan Luis, interesado en comprar la Cuprífera Rayén, de acuerdo a la gestión empezada hacía varios meses. Según las opiniones fragmentadas que había escuchado en esas reuniones a puerta cerrada, de pie vigilante a un costado como un portero, celebradas en el salón de un hotel y traducidas por una intérprete, el grueso del paquete de acciones se compraría a la baja gracias a la maniobra del empresario, consistente en disminuir la producción y venta artificialmente. Luego la parte japonesa le abonaría la diferencia en el exterior. Así fue como entendí el acuerdo suscrito con don Juan Luis y, tras la última sesión, luego de firmarse unos documentos, se festejó el arreglo con una cena de gala a la cual, a la hora de los postres, se incorporó para alegría de los visitantes a un puñado de chicas de la noche contratadas por el hotel. Claro está, el único escollo era Rolando Vega, socio minoritario en la empresa minera, de quien el patrón quería deshacerse, como expresara a su abogado al margen de los japoneses. No dejaba de llamarme la atención el súbito desapego que demostraba ahora con él, explicable debido a la plata en juego con la maniobra, pero mucho más me sorprendió don Juan Luis al respecto, después de irse la delegación japonesa, presidida por un señor Hagita, al confesarme cierta noche en Puerto Montt, durante una visita a la gerencia de la Sociedad Ganadera del Sur, que obraba en su conocimiento el enredo que el socio, hasta hacía poco, mantuviera con María Paz. Ella misma sin ruborizarse, la muy puta, le había soltado la pepa

en una discusión. De mi parte sentía cierta responsabilidad de haber guardado silencio ante el empresario, pero éste en el hotel me añadió violento esa vez, cualquier día le enseñaré a Rolando Vega que nada en la vida se escurre. Aparentemente distante, estaba cerca de algo más, como sucedería pronto. No dejaba también de provocarme un desconcierto interno, al borde de la falta de sueño, permanecer a hurtadillas en medio del asunto que se suscitara en dicho matrimonio, atraído como estaba por María Paz, hambriento de su presencia cuando se decidía a salir, envuelta en ese perfume que me invadía la sangre. Cabe referir que, deseando entonces gozar la tranquilidad de los fines de semana, don Juan Luis, merodeado por los hijos, acostumbraba a quedarse en casa a descansar. A veces, sin embargo, contra la voluntad de María Paz de asistir, debía acompañar a la pareja a una boda, como también podía ser a una recepción, por lo que habitualmente disponía para mí del wikén, en que aprovechaba de juntarme, si no iba al fútbol o a un recital, con los amigos de la exCNI que de pronto aún frecuentaba, Cansino y el Polaco. Aunque no hablaban demasiado de sus actividades, ambos estaban metidos en la cara sucia de los negocios, entre otros en la venta de cables y cañerías de cobre extraídos de la vía pública y de vehículos choreados para enviar al norte. Bien. Arribado el verano, luego de unas fiestas de fin de año que me tuvieran ocupado dedicado a atender las salidas de la familia a distintos eventos sociales, algunos con la parentela, don Juan Luis viajó a México y, a continuación, a Estados Unidos, por motivos del consorcio. Fue así como María Paz, secundada por la Simona al cuidado de los niños, decidió pasar las vacaciones en la casa de Zapallar, adonde nunca iba durante el año, a pesar de haber sido el lugar de su infancia como me contara la nana. Para mí representó unas auténticas vacaciones llevarlos a la playa como chofer, quedarme allí cuidándolos durante toda la temporada, bajo la secreta intención de estar cerca de María Paz

que, por más díscola que fuese, no podía eludir todo aquello que pedía mi mirada. El chalet descansaba en una hondonada cubierta de docas que, a través de una larga escalerilla de piedra, comunicaba con la playa. Como me sucedió la tarde recién arribado, en que descubrí esa perspectiva desde uno de los ventanales, de inmediato me trajo a la memoria la escena, en un vuelco doloroso hacia ese pasado, cuando, siendo aún el guarén de pata rajada, descendía por la ladera, acompañado de los amigos, a los basurales próximos a La Pincoya, a la búsqueda, entre los desperdicios, de los posibles trastos rescatables. Ahora era otro el tiempo que vivía, alojado en una pequeña cabaña donde se guardaban algunos enseres de la casa y, dispuesto a ayudar en las tareas domésticas durante aquel verano, me preocupé de darle una mano a la Simona en las compras a diario. También me dediqué, aprovechando esas tardes, a cuidar el jardín protegido por una rosaleda, en el cual María Paz al mediodía tomaba el sol bajo un ligero bikini, bronceada su piel de leche. Cada mañana, lista la Simona luego de hacer el aseo, la acompañaba en el auto a efectuar las compras, agradándome sobre todo, en ese mundo que desconocía, la caleta de pescadores que se levantaba en Maitencillo, a la vista los congrios y reinetas. Al regreso de cada salida, cuando aprovechábamos de traer el pan amasado que le gustaba a los chicos a la hora de onces, solía acompañar a éstos a la playa a objeto de entretenerse, consistente en jugar con los otros cabritos de su edad, atreverse con las olas al saltar en el agua, siendo el resto del día en la casa, al margen de regar y cuidar el césped del jardín, una calma que sólo interrumpía el bullicio de los niños al cuidado de la Simona. Llevar una existencia así era un privilegio que nunca había soñado, contemplada sólo en la televisión en los reportajes turísticos. María Paz acostumbraba a veces en las tardes ir a las casas de sus conocidos y, lejos de recurrir al uso del auto, lo hacía a pie a través de los antiguos senderos, algunos ensilvestrados, que

conocía desde siempre, a cuyo regreso, casi siempre de noche, la iba a buscar siguiendo las instrucciones que me dejara su marido. Discreto portaba el arma llevada al cinto y que durante la jornada evitaba que se advirtiera, temeroso de que los chicos me la pidieran para entretenerse. Aunque casi nunca me prestaba atención durante el trayecto, perdida su mirada al frente, rutilantes las luces públicas que espejeaban al borde del mar, de vuelta esa vez del bungalow de sus amigos Ureta, de pronto me rogó muerta de frío que le prestara mi chaqueta, lo que efectué al aproximarme a ella por atrás colgándosela de los hombros junto con percibir, eléctrico el contacto, el roce de su cabello y la sólida curva de sus nalgas. Ante la presión que ejercí, mantuve la proximidad sin saber más, librado ciegamente a la voluntad de María Paz. Me pareció en ese instante que las hojas de los boldos circundantes dejaban de agitarse, inmóvil la noche en un largo silencio, mientras proseguía contra sus ancas potentes, redondas como las verificaba a través de su pantalón corto. Aquel momento que vivía se asemejaba a la ensoñación bajo la cual, frustrado y cobarde, muchas veces me había aproximado a ella con los ojos cerrados durante la manfinfla. Los árboles que cubrían el descampado, cerca ya de casa, ayudaban a ser más cerrada la oscuridad y, sin importarme el pastel que se armaría, dispuesto a darme a la fuga ante la denuncia por violación que podía ocurrir, tomé la iniciativa de agarrar sus tetas desde atrás, rellenas de vida como las sentí. Pero lejos de decirme algo bajo el mismo resuello mío, se dio vuelta súbitamente propinándome una cachetada que me enardeció aún más. Pensé en un instante devolverle el golpe y, junto con eso, matarla en un acto irracional de desesperación, llevado por las ganas de culearla. Caímos al suelo cubierto de hojarasca hechos un solo cuerpo, entrelazados en un nudo que no esperaba y la cacha, otro nombre no tiene, se dio en completa libertad, abriéndose al desnudo debajo de mí, mientras la penetraba obstinado y

ciego, rencoroso, bañado de humedad dentro suyo al igual que una boca, cercano como se escuchaba con cada chasquido el ritmo monocorde del mar. A través de ella sentía más que nada el temblor de la tierra que, como unas ondas de calor, subían por su cuerpo. Nada al día siguiente hizo pensar en el suceso ocurrido pues, como cada mañana, la rutina fue semejante, si bien María Paz no salió al jardín a las doce a tomar el sol, permaneciendo en cama hasta un rato antes de almuerzo, al cual bajó de su dormitorio vestida de pijama, como la observé desde la mesa de cocina lista a servirme la Simona. Se advertía pálida al igual que cuando la espiara esa vez mientras dormía, limpia de maquillaje, sorprendiéndome ahora la sonrisa con que me saludara a la distancia, fuera de sus hábitos conmigo. De mi parte esa mañana, pensativo al traer de la noche anterior el recuerdo del lecho de hojas podridas donde nos sacáramos las ganas, estaba arrepentido de la ocasión y consideraba una deslealtad la efectuada con don Juan Luis, quien me había dado toda su confianza, pero tampoco dejaba de reflexionar que María Paz estaba dispuesta, quizás anhelante, a que yo cometiera ese acto de hombre al cual no me decidía. No obstante la tranquilidad que prosiguió entre nosotros, calmo todo, dos o tres días después, a causa de la súbita enfermedad de uno de los niños, debimos regresar enseguida a Santiago. Don Juan Luis aún continuaba de viaje y, aprovechando el lapso, opté por tomarme unos días libres bajo el propósito de airear el ambiente, aunque en el fondo, luego de meditar con más calma, no abrigaba ya el mismo remordimiento, satisfecho de habérmela tirado con la participación activa de ella.

III

Sabiendo dónde ubicar a Cansino, lo encontré en el domicilio del Polaco en la población Los Areneros, pasada la Estación Central, donde cada viernes se reunían a sacar cuentas de su comercio, a cargo como estaban de otras tareas más que a veces hacían por encargo. También existía El Majestic, picada a la cual íbamos, pero que distaba ya de ser la misma. Eran los colegas de ayer que, solidarios conmigo luego de ingresar a la CNI, a menudo me pasaban las sobras de los rastreos que hacían en los allanamientos, consistentes de pronto en un reloj, otras en una radio. Según me decían cada vez que nos juntábamos a fin de pasar el rato, estaba perdiendo el tiempo dedicado a custodiar a ese empresario, ya que afuera, por encima de las bravatas de los pacos, existía mucho trabajo en distintos terrenos. De acuerdo a las explicaciones que yo daba en la casa del Polaco, a solas donde vivía éste acompañado de un pittsburgh, en la cual conservaba una respetable dotación de armas robadas a la CNI, ganaba un sueldo decente que me daba para vivir, sin mencionar de modo alguno el empotamiento que sufría en manos de María Paz. Era un secreto que no podía soltar, pues era tal vez lo único mío. Rechazaba por ahora la posibilidad de que mañana me sumara de nuevo a la vida peligrosa, pero por supuesto estaba a la vista que ocurriría el día que cesara con el empresario. El regreso de don Juan Luis de su viaje al extranjero significó una vuelta a la normalidad. Desde la jornada siguiente volví a integrarme a las actividades, acompañándolo aquel día a primera hora, en vacaciones aún los niños, a una reunión en el hotel Sheraton

donde sostendría, junto a su abogado de cabecera, un encuentro con cierto japonés, perteneciente al grupo visitante hacía poco. A pesar de la ignorancia que Dios me ha dado, tuve claro, después de la larga conversación de varias horas, dificultada por la versión de la traductora, que la Cuprífera Rayén ya estaba vendida por abajo, quedando pitados los intereses de Rolando Vega. Callado el loro como me correspondía, me guardé en comentárselo a alguien, menos a María Paz, aunque ella ya no frecuentaba al pije, dedicada luego del verano a asistir, una o dos veces a la semana, a las clases de tenis en el Estadio Español, aguardándola mientras leía el diario en el estacionamiento que existía al frente. Nuestra relación había tenido un cambio desde la aventura nocturna en Zapallar y, aun cuando no se había vuelto a repetir el hecho, ni menos a mencionar, ella se desenvolvía conmigo de otra manera, pero en el fondo continuaba reservada, si bien ahora solía hablarme en el auto, al punto a veces, de regreso de comprar en las tiendas de la avenida Alonso de Córdova, de traerme algún pequeño regalo. Entendiendo que esos gestos de amistad sólo quedaban entre nosotros, guardados en la frágil intimidad que nos unía, me cuidaba de que don Juan Luis se enterara, junto a otros pormenores que pudieran resultar sospechosos, incluso frente al personal doméstico de la casa. De ahí que, bien lo acompañaba fuera de Santiago en esas visitas de inspección, debía satisfacerlo a su gusto hasta hacerlo sangrar por atrás, cuando, en honor a la verdad, sólo me interesaba unirme de nuevo a su mujer. Sin embargo, más de una vez, llevado por la curiosidad, había estado a punto de preguntarle acerca de la persona de María Paz, deseoso de saber qué opinaba, cómo la veía, añadiendo si aún le atraía su sexo, pero la cachudez había podido más al callarme la jeta, pues delataba un interés que no me convenía, cauto como debía proceder, piola hasta el término. Yo veía las cosas desde mi óptica, seguro de que, si sabía manejarme,

nada se alteraría, pero lo que no olfateaba era que él, a quien tenía desde siempre como un empresario que sabía mover sus piezas, estaba dispuesto a atreverse, más allá de lo que calculaba. Se podía decir que el único tropiezo que le conocía era su mujer, frente a la cual al parecer siempre salía mal parado. El balde de agua fría no vino precisamente de mi lado, aunque guardaba relación como pude escuchar cuando, semanas después de su cita en el hotel con el último japonés, me pidió una tarde que lo condujera al parque O'Higgins y aparcara por allí, a la sombra de cualquier árbol. Deseaba hablarme con calma, al margen de la actividad en el despacho y, contrariamente a lo que esperaba al principio, culpable de comerle la color, me llevó hacia atrás en el tiempo al señalarme de manera despectiva que, gracias al pronunciamiento militar en 1973, Rolando Vega, amigo de patio en el Colegio San Pedro Nolasco, había salido de la nada ayudado por él, entonces un mero abogadillo que trabajaba en la Caja de Empleados Públicos. Me preguntaba nervioso hacia dónde iba, seguro de que terminaría hablando de su mujer. Prosiguió detallándome cómo lo había secundado en salir adelante, de un asunto a otro en las posibilidades que daban las privatizaciones del Estado, según ya estaba enterado de esto, hasta llevarlo finalmente como accionista a la Cuprífera Rayén y, tal vez exasperado, luego de mirar una pila de agua que soltaba un pequeño chorro, me indicó que justo Rolando Vega, el miserable cabrón, era el impedimento que tenía para formalizar el mejor negocio de su vida y me insistió, el mejor negocio de su vida. De mi lado escuchaba paciente la voz airada de don Juan Luis, sentado en el asiento trasero, donde a menudo otras veces, mediante el ojo del espejo retrovisor, observaba a María Paz displicente. Después de un instante de reflexión, tras mirar por la ventanilla el paso de alguien, me soltó el pedo que no aguardaba, quiero para siempre sacarme de encima a Rolando Vega, ¿entiendes, querido William, qué te estoy

diciendo?, tú me comprendes. No supe qué responderle ante su pregunta y, frente a mi indecisión como lo advirtió, me aclaró la duda, se trata de que no sepa más de la luz del sol, amigo Guarén, como sabía por mí el antiguo apodo que colgaba en La Pincoya. Me resultaba clara la orden que estaba dándome, más aún siendo su guardaespaldas, junto con añadirme enseguida, descontento respecto a la dificultad de ultimar la venta de la minera en el norte, que el hijo de puta se culeaba además a María Paz hasta hacía un corto tiempo, como ya me lo comentara. En otras palabras, llevado por esos dos motivos, quizás uno más importante que el otro, quería escabecharse al pije. No dejaba de resultar pesado el encargo a domicilio que me hacía, pero para eso yo estaba, debo reconocer, debido a lo cual, de vuelta del antiguo parque remozado, al doblar por Alameda, me expresó sin tapujos, busca a alguien que lo haga por plata, si bien deseo que esto sea muy pronto. Enseguida aprovechó de preguntarme, entre paréntesis, William, ¿tú sabías desde antes el enredo de María Paz?, ante lo cual dije cara de palo, nunca, don Juan Luis, tuve una sospecha y, de haberme enterado, se lo habría comunicado de inmediato a usted. Desde luego preferí mentir, aunque de acuerdo a la conversación, según recuerdo, le preocupaba menos esto que la venta fulera de la Cuprífera Rayén, por lo cual necesitaba, aunque yo no entendiera de finanzas, darle el bajo a Rolando Vega, tarea que dejaba a mi cargo. Fue así como, después de calcular distintas salidas al asunto, entre ellas conseguir un maleante por ejemplo, alguien de la población La Legua, lo cual no me daba mucha confianza, decidí por último recurrir a Cansino y el Polaco, gallos del oficio, juntándonos al día subsiguiente en el bar de El Parrón, entremedio del ruido que hacían los jugadores al golpear sus cachos en las mesas. A continuación de hablarles del fulano a cargarse, sin dejar de exponer sus rasgos personales, luego de tratar ellos a solas en el baño un buen rato, aceptaron servir de sicarios

junto con fijar como pago una importante suma de dinero, equiparable a la compra de una propiedad de valor, cuya mitad debería chipearse de manera anticipada y el resto a la jornada siguiente del hecho. De acuerdo don Juan Luis al respecto, sin efectuar ninguna pregunta, una semana después me encontré con ellos bajo el bullicio del paseo Ahumada, en que di por conforme la cantidad y el modo a cancelar. No dejaba de ser aún la calle principal del centro una estela nítida de la adolescencia, donde en distintas oportunidades había hecho de las mías, a la carrera a veces al ser sorprendido. A pesar de eso no me consideraba entonces un ladrón profesional, sólo un gallo sincero ante el hambre que a veces me acosaba, creciendo como estaba al tomar cuerpo. También me comprometí, de acuerdo a las instrucciones de ellos mientras caminábamos entre los transeúntes, a dejar los billetes, todos de veinte mil, en un bolso de viaje ojalá rojo, que debería echar, a una hora señalada de la noche, en un contenedor de la basura situado en un lugar a determinarse y, como me ordenó el Polaco al llegar a la Plaza de Armas, las relaciones por precaución quedaban cortadas hasta el aviso de ellos. Sólo cabía por el lado de ellos afiatar mejor los detalles pendientes. En suspenso al aguaite del arreglo del operativo, a la espera de que se cumpliera sin dificultades, sólo quedó tener paciencia y, no obstante que disponía ahora de una mayor soltura con María Paz, debí guardar silencio ante ella, aunque ya nada la unía a Rolando Vega, si bien aún me preguntaba qué le había llevado a hacerle caso. Eran unos oscuros celos, reconozco, de seguro persuadida por la facha de pije y su inclinación a la buena vida, como sabía esto último por los comentarios de pasillo escuchados en la oficina. Confiado en que los flaites amigos cumplirían un trabajo limpio, luego de indagar aquí y allá sobre los pasos a dar, retomé mis actividades expectante del llamado telefónico y, a pesar de eludir ahora mantenerme cerca de María Paz, ojo al marido,

la rutina me lo impedía al escoltarla donde fuera, el último tiempo al pueblo de Buin, en el cual disponía de una costurera de su predilección. Sentirla detrás mío en el auto, distraída con la mirada puesta en el camino, bajo aquel perfume que me ponía tenso al igual que otras veces, llevaba a que pensara en el olor natural que de seguro se escondía en los repliegues de sus muslos y en esos sobacos que, como descubriera esa noche, no se los había depilado. Desde el suceso en Zapallar, el distanciamiento había sido la mejor solución, pero como entendía era un paréntesis dentro de nuestro respiro, pendiente de que en algún momento retomáramos la iniciativa y sin palabras, cada uno en su piel, volviéramos a ser uno dentro del otro a semejanza de aquella noche, tapada como yacía la tierra de hojas muertas. Nada en efecto impidió una de esas tardes, de regreso temprano del domicilio de la modista de Buin, a pocos días de recibir ya el aviso de los compinches, mientras conducía a través de la Panamericana sur, atorada por los camiones, al atisbar a corta distancia el anuncio del motel La Pirámide, virar lentamente a la derecha y luego dirigir el auto a la berma, cubierta de gravilla. Me atreví a la buena de Dios sin calcular más, a la mierda el orden y el respeto. Al frenar tuve claro que la decisión otra vez era mía ante la calma tal vez fingida de María Paz y, después de aguardar un instante, el portón se abrió lentamente dejándonos entrar, sin que ella objetara algo, complaciente según parecía al devolverme brillante la mirada, bajo unos ojos de una limpidez oscura. No obstante que desde jovencito conocía el sexo, después de tratar con diferentes vecinitas de La Pincoya, algunas inclinadas a prostituirse en las calles del centro, la encamada fue la mejor que he gozado, sin preámbulo de nada, permitiendo darme cuenta de que ella, muy fina sería como dama, guardaba una experiencia difícil de comparar, sin que por esto abandonara la prescindencia que le conocía, despojado el rostro de emociones,

sujeta sólo a los movimientos de su cuerpo, violentos al acabar al igual como una yegua. También pude advertir esa vez que, como me induciría, le agradaba que la penetrara por atrás, quizá con cierto dolor, al guiarme con su mano poco a poco con unos dedos de hada. Comenzaba a atardecer sobre Santiago cuando decidimos abandonar el motel y, de nuevo en el auto, ella atrás como siempre, luego de pagar de su bolsillo la tarifa, volvimos a los papeles asignados por el orden de la vida, camino a recoger del despacho a don Juan Luis, cerrado el triángulo que conformábamos ahora. A causa del telefonazo esperado que recibí dos días después a través de Cansino, la carne se me enfrió ante el suceso a ocurrir y, de acuerdo a las instrucciones anteriores, me señaló que dejara esa noche la mitad del pago, guardado en un bolso de viaje de color rojo, en un contenedor ubicado en Providencia al 2.100, frente a una galería comercial, a las dos de la mañana. De inmediato le informé al empresario del aviso a fin de disponer las cosas y, en efecto, él tenía todo preparado, conservado en su caja fuerte personal, por lo cual esa noche, luego de hacer hora en la antecocina de su casa, dedicado a ver la televisión, revisé el arma por si las moscas y partí en el Porsche a dejar la suma de dinero. Empezaba a cerrarse el entorno del cachetón Vega y, dormida como se veía la avenida cuando me acerqué al lugar fijado, más allá se destacaba estacionado un auto con las luces prendidas, seguramente de ellos. Desde ese instante me quedó claro que el propósito de don Juan Luis de cargarse a ese obstáculo en el camino, examante de su mujer, era definitivo como la firma de un cheque. Si bien yo no era el mandante, sentía una extraña satisfacción al saber que de pronto, en algún lugar que desconocía, se le daría el muere, vengados mis celos por otro lado. Desde que cabro fuera llamado el Guarén, hilachento y con los fondillos rotos, hasta trabajar después como peón, el pituquerío me caía como patada al observarlo visitar, echado para atrás, las construcciones

a su cargo, las cuales mientras tanto, sudados y reventados, nosotros levantábamos ladrillo a ladrillo. Ser peón no era una ganga, dale a veces en los andamios, a varios metros de altura, subiendo las carretillas de mezcla. Don Juan Luis se mantenía tranquilo, confiado en que, luego de haber vendido bajo cuerda a los japoneses el paquete mayoritario de las acciones de la Cuprífera Rayén, la muerte de su examigo y compadre sólo resultaría una coincidencia como tantas que a veces ocurrían, pero que, en caso necesario, sabría defenderse frente a cualquier acusación, preparado como estaba asesorado por su abogado de mayor confianza. De mi lado no se me quitaba ahora el sueño ante el hecho que sucedería, aunque de pronto cierta voz del alma me recordaba en voz baja, como un soplo al oído, que con cada minuto que pasaba, Rolando Vega se acercaba más al patio de los callados. Fue así como tres días después, muy temprano, Cansino me llamó, tras cortar la primera vez, diciéndome con un tono casi festivo, misión cumplida, viejito, preparen los otros morlacos a la espera del próximo contacto. No dejó de sorprenderme la noticia de la que estaba pendiente, de vivo había pasado a muerto el cuico, preguntándome a la vez en qué condiciones habría acontecido todo, de seguro fiambre de un cuchillazo al vientre, a objeto de evitar ruidos sospechosos. La pálida tiene mil caminos como decía la cumbia sabrosona escuchada en la radio del auto. Esa mañana, luego de trasladar a los niños al colegio y a su padre a la oficina, bajo cuyo recorrido aproveché de ponerlo al tanto de la novedad, liquidado el tema para siempre, satisfecho al parecer del resultado, debí volver a casa para llevar a María Paz a sus clases de tenis al Estadio Español, vestida de blanco con un pantalón corto y camiseta sin mangas, a quien dejé allí mientras aguardaba cachudo frente al recinto deportivo, dudoso de cómo se enhebrarían los acontecimientos, pues el finado reciente no era un cualquiera, considerado un amigo favorito dentro del círculo de

ricachones del país, proclive el perla a las fiestas y a los viajes. Pero confiado no sólo en la muñeca del empresario, sino también en la astucia de los guarifaifes, había decidido esperar con optimismo el desarrollo y, adelanto, no estaba equivocado, igual la rutina de cada día. De vuelta en el auto en cada oportunidad, ella regresaba rejuvenecida de la práctica de raqueta, tocado el rostro por una luz que encendía sus mejillas aún tersas, colgada la toalla de su cuello desnudo. Al observarla como en cada oportunidad, esa mañana todavía transpiraba unas gotas que resbalaban, sudada como sentía esa piel al seguir observándola por el espejo, repatingada en el asiento con las patas abiertas sin preocupación, seguramente húmedas, donde a no mediar de ser vistos desde afuera, hubiera pasado hacia atrás en el auto a lamerle por entero el cuerpo, sedienta la lengua, bífida ojalá, distinta a la del guarén que yo era. María Paz no tenía de modo alguno ni veinte ni treinta años, pero al seguirla con la mirada, olvidada de la pintura, de la elegancia de la ropa, me daban ganas como ese preciso mediodía de sentir la tibieza de su exhudación y, sobre todo, al hacerla mía quizá contra su voluntad, agarrarla desde los sobacos ahora depilados, tal vez hediondos a mujer, hasta dejarla caer derrotada en el asiento, quisiera o no, ley que conocía de La Pincoya llamada la violetera. Obligado a contenerme esa vez nada ocurrió, envuelto de repente, como me sucedía, por lo que vendría ahora a partir de la intervención de los exmiembros de la CNI, apurado de llevarla de vuelta a casa y de inmediato regresar al despacho. Debía hablar con don Juan Luis, de acuerdo al llamado, a fin de tener preparada la remesa de dinero que faltaba entregar, luego de lo cual, en el curso de la tarde, sucedió otro contacto, a objeto de encontrarnos ese mismo día, a las veintitrés horas, en la calle Club Hípico esquina de Gorbea. Esta vez en un taxi, sólo el Polaco concurrió a la cita, quien luego de recibir la plata, también en un bolso de viaje, bastante oscuro como se divisaba el sector, me

precisó sonriente al despedirse, matamos al fulano después de secuestrarlo a la salida del Lucas Bar y, de seguro, los carabineros ya deben haberlo encontrado. Aunque primeramente el Polaco me expresó, junto con abrir el bolso y sacar un fajo de billetes, toma viejo, esto es para ti, el que recibí sin abrir la boca y esto dio pie para algo posterior. Ya se verá que nada es fácil. No esperaba semejante regalito, satisfecho, sin embargo, de ir en la parada, callado como me quedaría a la vez ante el empresario, sabiendo desde siempre, desde cuando era el Guarén en las calles sin urbanizar de La Pincoya, sujetas a la inundación de las lluvias, de guardar silencio ante la duda y sólo cabía, en consecuencia, fondear la plata. Tampoco dejaba de reflexionar que, si se destapaba la olla por cualquier asunto, yo quedaría a partir de esa repartija mucho más comprometido, pero, bueno, así era la vida de terca para un pobre. A la tarde siguiente la noticia llegó al despacho después de telefonear la hermana de Rolando Vega, nerviosa y confundida como estaba, atendida como fue por don Juan Luis, quien falsamente sorprendido ante la información, la palanqueó de ir a su casa de inmediato. Divorciada hacía años, sin hijos a la vista, ella resultaba la heredera directa del occiso, por lo que al visitarla le ratificó, sin omitir algunas señas evidentes de dolor, que dejara en manos de él, bajo la asesoría de sus abogados, ayudar a descubrir y meter en la cárcel a los malhechores. Presente allí, escuchaba cabizbajo, a objeto de acentuar la escena, seguro de que la enlutada confiaría en la palabra de él. Fue así como el empresario supo a través de la policía, además de la lectura de la prensa, que el cadáver arrojado a un baldío, próximo a una estación bencinera, camino a Peldehue, presentaba dos perforaciones de bala en el tórax, con evidentes indicios del robo de sus pertenencias y documentos personales. La información posterior daría cuenta de que, hallado un auto Renault abandonado en las inmediaciones del glamoroso Lucas Bar, éste pertenecía a la víctima, cliente habitual

del establecimiento nocturno, corroborado por el personal femenino que servía al público, formado en particular por extranjeras. Varias de ellas lo conocían muy bien, generoso como era al soltar la plata. Se deducía, en consecuencia, que había sido raptado a la salida, tal vez en estado de intemperancia, drogado seguramente, si bien la gente a cargo de la vigilancia, formada por unos pelosduros del ambiente, declaraba no haber presenciado afuera esas últimas noches ninguna anomalía. Después de guardar la tucada en el propio domicilio de don Juan Luis, debajo de un mueble de estilo colonial situado en el vestíbulo, imposible de mover por su volumen, seguí desde el margen los acontecimientos, pero como pronto también se advirtió, la importancia del suceso comenzó a amainar a los pocos días, dedicada la prensa a otras noticias del acontecer nacional. Siempre había en la primera página, a la búsqueda del consumo, un hecho que superaba al anterior, en un mecanismo insaciable. Por ejemplo, se agrava sequía en el norte, accidente deja doce heridos, presencia de objetos voladores no identificados. No obstante, semanas después, el empresario me confidenció, quizás algo preocupado, que el asunto de marras, frente a la carencia de datos fidedignos solicitados por el juez, había sido derivado al departamento de investigaciones financieras de la policía civil, a objeto de examinar desde otro ángulo las posibles razones del asesinato. Las pesquisas efectuadas en el Lucas Bar, así como también en el lugar del acontecimento estaban agotadas. Atento, sin embargo, desde el principio, él tenía muy bien dispuestas las cartas, resbalando el trámite judicial, como demostraron los meses posteriores, por los caminos legales que aguardaban, cada vez más intrincados, sin otro final, luego de prolongarse la indagación por casi un año, que pagar a la hermana única de Rolando Vega, dispuesta por cansancio a cerrar el tema definitivamente, el valor depreciado de las acciones de la Cuprífera Rayén, correspondientes al momento de la

venta fraudulenta a los japoneses. Muy bien, dijo don Juan Luis, celebrando victorioso el carpetazo final al asunto, festejado por ambos durante un viaje al sur ya que, más allá de todo, negocios eran negocios. De esa manera todo calzó al quedar el pije bien enterrado, a fojas cero los sicarios que perpetraron el crimen, como así también los gestores que éramos nosotros, grupo al cual debería haberse sumado por omisión a María Paz, incumbente en el hecho de sangre al ser en algún momento la mamona del finado. Si bien resultaba claro, por encima de los legajos acumulados en el juzgado y de los terrones oscuros del cementerio, que el principio de todo aquello tenía un único responsable que era don Juan Luis, arrastrado por la angurria del dinero, sólo cabía superado el problema la tranquilidad que emanaba entorno. Cada vez más dueño del espacio que ocupaba en la casa de los patrones, ajeno al guardaespaldas que al parecer distaba ya de ser, solía a menudo a media tarde ir a dormir un rato, para lo cual usaba el cuarto de la Simona en un ala del primer piso, distante del dormitorio de María Paz, a fin de evitar las habladurías. El custodio que yo era resultaba ahora más que nada un miembro del personal de la casa, a menudo en el despacho, sin otra obligación que esperar al empresario. La siesta era un ejemplo, tras lo sucedido, del clima de tranquilidad que empezaba a vivir, satisfecho de los días, vuelto a la rutina que desarrollaba antes. Nada, sin embargo, había cambiado en la relación con María Paz, llevada por el vaivén de su persona, en que a veces apenas me hablaba caída en su aislamiento, aunque no obstante la pasión sabía acercarnos sin aviso terminando en la cama en uno u otro lugar y, como siempre, el diálogo en esas circunstancias era casi mudo, sólo existía el amor físico sin palabras. Nunca además, ni siquiera en las conversaciones ocasionales, efectuadas digamos en la mesa de un café, me hablaba del brusco fin del cuico, desaprensiva de su muerte, sin estar informada de que yo conocía suficientemente la

amistad que mantenía con él, de la cual guardaba como recuerdo una prenda suya, manchada por un semen reseco, descubierta cierta mañana sobre una silla. No obstante la indiferencia que demostrara ante la suerte de Rolando Vega, me resultaba difícil aceptar que por dentro fuese igual, excepto que él le hubiera hecho antes una marranada, ¿cuál por ejemplo?, nunca llegaría a saberlo y tal vez ahora no me importaba. Me agradaba al término del día, a continuación de llevar de vuelta a don Juan Luis, si es que no tenía algún compromiso social o de trabajo, luego de dejar guardado el auto en la cochera, salir a mover las piernas y disponer del aire de la calle, sin otro agrado que sentirme libre, vuelto a mí mismo al igual que, cuando fuera pendejo, iba al centro a ventilarme y hacer de las mías. Eran unas tardes de maravilla que me hacían sentir bien, quizá como nunca. Superada la tensión que representara aquel encargo a los fulanos, percibía sin ningún peso encima que se podía vivir una existencia apacible y, camino a tomar el bus cuadras más allá, a fin de dirigirme a la pensión, aprovechaba también la tibieza del inicio del verano mientras anochecía, incendiado el crepúsculo, a la par de pensar acerca de María Paz con más atención pues, en la medida en que los hechos transcurrieron a su modo, ella había pasado de ser una calentura a transformarse en un primer amor, en secreto incluso ante ella. Me daba vergüenza decírselo e, incluso, cierto temor de ser rechazado. Tal vez resultaban demasiado dulces las palabras que, como guardaespaldas, se me cruzaban en la mente, pronto a este paso a oxidarse la pistola CZ en la cintura si continuaba igual, deseoso a veces, como en el pasado, de ejercitar la violencia, llevado por un baño de fuego en el cuerpo capaz de todo. Si miraba desde atrás hasta donde ahora había llegado, era indudable que el arma me servía cada vez menos, docilizado por una actividad que me remitía a ser, luego de la desaparición del peligro extremista, un amable chofer de familia, cordial con la servidumbre y amigo

de los niños de la casa, ligado, claro está, tanto con el empresario como con su mujer. Aparentemente yo resultaba un pillo, acomodado a las circunstancias, lo cual en verdad era cierto, aplatanado por el buen vivir. Como cada verano después de las fiestas de fin de año, la familia decidió viajar a la casa de Zapallar, esta vez acompañada por don Juan Luis, cuya presencia significó una alegría para los chicos, acostumbrados a verlo ocasionalmente, por lo que debí abandonar la placidez de esos callejeos vespertinos, bajo una tranquilidad que no conocía, para sumarme a dichas vacaciones que tampoco, hay que decir, constituían un sacrificio. Me agradaba en el chalet de tejas rojas, a punto de caer al mar desde la ladera, empleando el tiempo libre que sobraba la mayor parte de la jornada, de preocuparme de la suerte del jardín, a maltraer por el cuidador de la finca, dedicado a regar y cortar el césped, tarea que al mirar el pasado me hubiera entretenido tener como oficio, volcado además, tijera de podar en mano como ahora, al cuidado de las plantas y arbustos. Don Juan Luis acostumbraba, al aprovechar esos días, de dormir hasta muy tarde, por lo que, después de llevar a la Simona a comprar a la caleta de pescadores, iba a la playa con los niños a pasar el resto de la mañana, sin otra preocupación más, encrespado como se presentaba el mar esa temporada, que no se arriesgaran más allá de la orilla. También me dedicaba a distraer la mirada siguiendo a las jóvenes bañistas que jugaban a las paletas y, en particular, me satisfacía cuando, con la ayuda del índice, ajustaban el borde de atrás del taparrabo, pero más que nada me fascinaba ver el mar encendido, asombrado todavía frente a su presencia. De regreso a la hora del almuerzo, tras la bulliciosa invasión que desataban los chicos, casi siempre encontraba aún a María Paz, tendida en el césped dedicada a tomar el sol, protegida por el bikini del año anterior, si bien en algunas oportunidades yacía por completo desnuda, cubierta al llegar nosotros, cuyas formas bajo la toalla evitaba aguaitar al ponerme enseguida a las

tareas de jardinería. Como de pronto solía advertir sin dar cuenta de esto, don Juan Luis observaba la escena desde arriba, desaliñado en pijama y, cada día más viejo, con las pocas mechas al aire, detrás de la ventana de su dormitorio. Creo que acostumbraba, bien se levantaba, a mirar el cuerpo en reposo de María Paz, más que nada cuando yacía al descubierto, albo recostado sobre el verde del pasto, en que se destacaba el derroche de sus tetas y el triángulo manchado de negro entre las piernas, cuya figura de seguro ayer le resultaba familiar. Como me había informado a través de la Simona, el balneario de Zapallar era reconocido por ser un lugar privilegiado de la costa, de vieja data dentro de los mejores apellidos, donde varias de esas familias eran amigas de los Sotomayor, quienes a menudo recibían invitaciones para asistir a sus casas, en general a reuniones informales de noche, que hacían más amena la estada veraniega, incluso provechosa para hablar de negocios, entremedio de parlamentarios de distintas tiendas, figuras estelares de la televisión y empresarios conocidos socialmente. Quedado en casa al cuidado de los niños por iniciativa personal, me entretenía con ellos hasta que se iban a acostar llamados por la Simona y, pendiente de que los padres regresaran a pie, los esperaba abajo con las luces prendidas sin otra pausa que la duermevela. No faltaban las ocasiones, a través de ciertas imágenes que se repetían en esos sueños ligeros en que, después de mucho tiempo, volvía a La Pincoya con el obsequio de una cabeza decapitada aún viva, perteneciente a quien fuera Rolando Vega. De nada había valido ser asesinado, reflexionaba mientras caminaba por una calle de viviendas abandonadas, semejantes a las de la cuadra donde viviera siendo menor y, al emerger de aquellos fondos cubiertos de légamo, de donde brotaban vapores, sentía que volvía a respirar con alivio el placentero aire de la sala de estar, entibiado por el fuego de la chimenea. La realidad era más simple que aquel doblaje adonde a veces los sueños lo llevaban a uno y, en consecuencia,

despertar resultaba una victoria. De vuelta a las obligaciones, luego de permanecer en Zapallar el resto del verano, tras echar de menos no haber tenido un momento de regocijo con María Paz, al descubierto como acostumbraba en el jardín y, en algunas oportunidades, bajo la camisa floreada de entrecasa, debí ocuparme a los pocos días de trasladar al colegio cada mañana a los chicos y de regreso, como siempre, escoltar a don Juan Luis a su despacho. Me quedaba allí a cargo de las menudencias, propias de un junior, si no debía volver a fin de acompañar a María Paz a sus entrenamientos de tenis o, a veces, a ir de compras aquí o allá. Le gustaban las ropas de marca y cada temporada, acompañada por alguna amiga ocasional, concurría a los desfiles de moda. Si nada había interrumpido la tranquilidad que vivíamos, borrado aparentemente el suceso anterior, al grado de que se advertía hasta en el buen ánimo de la Simona y del personal, resultó una sacudida el hecho ocurrido cierta tarde a última hora, en que a la espera del empresario en el auto, a la salida del edificio de la calle Napoleón, un par de sujetos jóvenes lo rodearon bajo un subterfugio a objeto de asaltarlo. De inmediato caché lo que ocurría, temerosa la mirada de don Juan Luis entre los lanzas, bajando armado enseguida a su auxilio dispuesto a enfrentarlos, tal como hice al apuntar con la pistola y gritarles, chuchas de su madre, ¿quieren una ración de plomo?, amenaza que me hizo recordar enseguida, como si me mirara ante un espejo, que yo era en el pasado uno de ellos. No dejaba de ser curioso que, contratado para defender al empresario de los elementos subversivos que quedaran libres de control después del régimen de Pinochet, el cuidado al parecer en ese momento debería tenerse frente a los puñados de patos malos surgidos como callampas, muchos de ellos provenientes del consumo de drogas y quizá también de la cesantía, hermanos de la pobreza como enfatizaban los comentaristas en la pantalla. El incidente dejaba también al descubierto la flaqueza que escondía mi patrón, seguramente

desde siempre, la cual explicaba, entre otras razones, que prosiguiera a su lado como guardaespaldas. Luego de ese imprevisto no podía hacer menos que estar ojo al charqui y, durante uno de los viajes a Puerto Montt, destinados a examinar la marcha de la Sociedad Ganadera del Sur, en litigio como estaban unas tierras de cultivo con gente de la zona, cierta noche tuvo la sinceridad de decirme en el hotel, acostado junto a mí con los labios pintados de rojo y arropado bajo un quimono de seda amarillo, que su peor debilidad era el miedo conservado desde pequeño. El padre medio borrachín regresaba a medianoche del club, descrestaba a la madre y sufría por ella ante los gritos destemplados. Se advertía que don Juan Luis necesitaba ser protegido por los suyos, sentimiento que no brotaba en la distante María Paz, emocionado al término de contarme aquello, por lo que esa noche, convertido en el niño malherido de su infancia, preferí que se durmiera lentamente, dejando para otra vez culearlo por atrás con la ayuda de la crema de vaselina. Llevado por la imaginación, siempre me parecía hacerlo montado sobre su mujer, la cual entre paréntesis sabía moverse mejor, como un temblor en el agua. Dispuesto a proseguir atento a la suerte del empresario, de cuya vida interior, como señalan las personas cultas, sabía ahora un poco más, lo acompañaba donde fuese, así como también lo hacía con María Paz y los chicos que, crecidos, a veces debía llevar a casa de amiguitos del colegio. No obstante mi preocupación por la integridad de éstos, distaba como se desprende haber sido honesto con el matrimonio, llevado más que nada por la atracción que me provocaba ella, resuelto a seguir adelante en ese presente, cuyo tiempo sólo lo medía cuando obsesivo, anhelante, inflamado, los días pasaban alejados de su intimidad, reducidos al olor de ese perfume mortal después de subirse al auto y escuchar, al igual que una música, el roce de sus medias al sentarse cruzada de piernas.

IV

Una mañana cualquiera me sorprendió el llamado de Cansino a la oficina que, amable como siempre, dicharachero, me invitó a juntarnos quedando en vernos, luego de varios meses, el sábado siguiente en El Majestic, en avenida Matta casi con Lord Cochrane, frecuentado sobre todo cuando trabajábamos en la CNI, abierto día y noche a los choros del ambiente. No era desde luego el mejor boliche de Santiago, sin embargo, gracias a su dueño, el viejo Zurita, rey del matute, estaba asegurada ahí cualquiera transaca, en particular tiempo atrás en la dorada época militar, cuando abundaban las oportunidades tales como la compraventa de documentos de identidad, de pasaportes nacionales o extranjeros, de joyas robadas e, incluso, de propiedades enajenadas. Hoy la clientela era otra, sin cambiar demasiado de pelo, dedicada en particular al comercio de la droga, en que no faltaba a veces el interés respecto a los fierros, de pronto arrendados por los malulos de segunda. Ese sábado a última hora nada impidió en casa de los Sotomayor ir a encontrarme con los excolegas, sospechoso no sé por qué de algo que no adivinaba, pero lo mismo fui sin ánimo de enredarme en líos, hallando al Polaco con él, junto a una mina tal vez mayorcita que reconocí, después de sopesarla, como la Cati López, exagente también de la CNI, que en el pasado fuese enfermera de hospital. De mi parte no tenía mucho que decir en esa reunión, volcado al lado del orden como ellos lo sabían, dedicado a cuidar la protección del empresario y de su familia, cuya ayuda dada en un momento, como prefería entender, sólo había sido el único camino a seguir. Pero a los

gallos, como advertiría enseguida, nada les inquietaba la muerte del pije Vega, era un asunto concluido para ellos, enzarzados entre risas acerca de la situación de Pinochet en Londres, acompañándolos con un trago para no desentonar, contentos de la mala cueva del general por creer en los putos ingleses. Será poderoso aquí, donde las tiene todas, aunque allá le va a costar que lo suelten. La alegría no duró demasiado en la mesa pues al poco rato, en un cambio que me sobresaltó, el Polaco se puso algo tenso y me expresó, junto con bajar la voz, mira Guarén, tenemos un asunto que te va a interesar, quizá más que el anterior, en que tú irías esta vez en proporciones iguales de dinero, soltándome al final de su explicación, preocupado hacia donde quería llegar, que se trataba nada menos, puta la huevá, del secuestro de los niños de la familia, que yo también custodiaba como guardaespaldas. El canalla pretendía empalabrarme esa noche, dispuesto a que traicionara al empresario y vendiera a los chicos por unas cuantas gambas. Me resultó insoportable la propuesta escuchada que demostraba entre otros aspectos, tales como la eventualidad de los menores, ponerme bajo las órdenes de ellos, pues don Juan Luis, luego de ser informado por mí, estaría impedido de recurrir a la policía, temeroso del riesgo de extorsión debido al hecho anterior respecto de Rolando Vega, así como yo también quedaría sujeto por complicidad. No se me olvidaba cuando era gendarme, alisando el piso de las galerías en unos amplios recorridos, en unos amplios recorridos, la experiencia de la garuma presa por años hasta envejecer. De ahí que decidí, aguantando la rabia, a la espera de pensar mejor qué hacer, darle larga a la respuesta mediante algunas observaciones sin importancia y les pregunté a ambos, después de echarme un nuevo coleto, cuál sería el papel de la Cati en el secuestro, estará a cargo de los críos, me afirmó Cansino, en una vivienda imposible de hallar que tenemos elegida. No puedo negar que la CZ me pesaba en la cintura al

oír todo aquello, pero visto el contorno sólo me quedaba actuar con calma y tiza al igual que en el pool. El dato último que me aportara distaba también de ser alentador ya que, como estaba al tanto de entonces, sabido por todos, la Cati López se solazaba en la calle Londres de torturar a sus detenidos, en conocimiento como antigua enfermera de la Clínica Santa María, de evitar huellas visibles en los pacientes. Me di cuenta en la sombría tranquilidad del Majestic, envuelto por un súbito remordimiento, de que la vida era una larga línea sin interrupciones, unida en una sola cadena y maldije lo que pensaba acodado a la mesa. Lo demostraban los pasos dados por mí, en que nada resultaba un hecho independiente, como era el caso ahora de esa factura que venía de regreso. Finalmente, luego de cambiar de tema tras hablar de puras leseras, me despedí de ellos a la salida, bajo el compromiso de calcular el riesgo a asumir desde el seno de esa familia, cuidadoso como debía ser para evitar cualquier error fatal. En estos casos, como sabíamos, la policía casi siempre echaba a perder el trabajito, con el resultado de las víctimas que quedaban. Fue una mala noche el resultado de aquel encuentro y dispuesto en un momento a callarme ante el empresario, a la búsqueda de hallar una solución que no lo implicara, decidí por último al día siguiente, luego de ir a rezar por si acaso a la Gruta de Lourdes lejos de la fe, ponerlo en antecedentes del changüí en barbecho. Arrebatado y fuera de sí al escuchar la trama, no supo de inmediato qué rumbo tomar, temeroso a continuación, imposibilitado de recurrir a la cana por miedo al chivatazo. De mi parte le di seguridad de que proseguía a su lado como siempre y, dos o tres días después, me comunicó más aliviado, luego de ser aconsejado por el señor Carlos del Dongo, el abogado de confianza de su equipo, la decisión de enviar a la brevedad a los suyos al extranjero. Era la mejor respuesta ante la amenaza que se cernía, me agregó, pero no tuvo en cuenta, como lo supe a la mañana siguiente, camino al despacho en el auto,

que María Paz, ignorante del motivo de fondo, se oponía a esta medida inconsulta, argumentada por don Juan Luis a favor de que, en un país cada vez más atrasado y mierdoso, los niños respiraran otros aires, conocieran otras lenguas, como podía ocurrir si se iban a vivir a ciudades como París o Londres por caso, donde ella misma, si lo deseaba, podía retomar sus estudios de arquitectura cursados antes de casarse, para todo lo cual dispondría del auxilio de la Simona que viajaría también. Dinero sobraba para todo ese asunto y para mucho más. Los hijos estaban primero, repetía el padre, sin dejar de darle yo la razón, aunque al detener la mirada en el recuerdo brumoso de La Pincoya, tenía claro, como se decía a menudo, que los niños allí sobraban como las moscas. Me dolía que María Paz partiera vaya a saberse por cuánto tiempo, si bien era peor el riesgo que aquí se corría con éstos, sobre todo en manos de una psicópata como la Cati López. Imaginar el futuro próximo de ir conduciendo el auto sin la presencia de ella, ausente por completo en un asiento vacío, desaparecido el perfume que me embriagaba hasta dentro, significaría volver a vivir la soledad de antes y, durante los días inciertos que siguieron, pronto a tener que llamar a los alevosos para cerrar el supuesto acuerdo, no encontré mejor cosa para aliviarme que estar con María Paz. Cierta mañana a primera hora, después de llevar a los chicos al colegio, ausente el empresario en Buenos Aires en un corto viaje debido a una conferencia económica, entré a su dormitorio dispuesto a sacarme las ganas. Quería vaciarme de la desazón que me embargaba, cada vez más confuso de la actitud a cumplir. Eran unas sucias ganas de manchar finalmente sus sábanas y, en caso de irse al extranjero o de yo morir tumbado por allí, marcarla para siempre con el cortaplumas, como aprendiera de oídas en la Cárcel de San Miguel, que efectuaban los reclusos como un ritual con la mina de sus amores. Dormía cruzada en el lecho bajo la tenue luz que permitía la ventana encortinada y, sin hacer

ruido mientras me desnudaba, sin importarme demasiado que cualquiera de la casa me sorprendiera, al carajo el pudor, me acosté al lado de María Paz que, casi despierta al sentir la presión sobre el colchón, adivinó quién era lejos de preocuparse. Desnuda abrigada por el cobertor, desordenada por el peinado revuelto caído en bucles, ocurrió en silencio el polvo que esperaba hacía semanas, inseguro de que volviera a repetirse, pronta a viajar como lo daba por cierto. Enseguida desenfundé la hoja del cortaplumas guardado bajo la almohada y, frente a su mirada de pronto asombrada, después del letargo tras el orgasmo, observó sin resistencia, abiertos los ojos, la pequeña incisión que efectué en uno de sus muslos, cuya sangre brilló al resbalar por la piel y que, de inmediato, con unción, sequé con un largo beso. Hasta ahí esta escena de la vida que sólo deseaba ser, a partir de aquella dádiva de su cuerpo maduro, una suerte de comunión. De acuerdo a las referencias que le transmitiera a Cansino y el Polaco la noche de nuestro encuentro en El Majestic, no me cabían dudas de que esos datos estaban ya chequeados por ellos, como de seguro aquel consistente en que, cada tarde del año, el bus del colegio llevaba de regreso a casa a los niños. No dejaba de constituir, según mi criterio, el detalle más confiable que podían recibir los cabrones, pues, junto a eso, eran los últimos alumnos en ser devueltos, lo cual facilitaría, si ese perseguía ser el proyecto, la operación de abordar el vehículo colectivo. Fue así como muy pronto, a través del teléfono, les ratifiqué que seguía adelante, dispuesto a medir bien el escenario del secuestro mismo, pero que debían tomar en cuenta las próximas vacaciones de invierno de los críos, quedados en casa como estarían, por lo que les sugerí aplazar el operativo hasta nueva fecha. De ese modo le di más tiempo a don Juan Luis de convencer a su mujer, reacia aún a viajar, interesado ahora de que la familia se estableciera en Washington, una ciudad pequeña y tranquila, de buen aire. Veía así cómo se desmoronaba todo de un día

a otro por culpa de esos malacates, quienes de no cumplir el propósito de efectuar el secuestro, vaya a saberse por cuánta plata, aún lo ignoraba, se las agarrarían conmigo dejándome tirado por ahí al igual que un saco y si te he visto no me acuerdo. Yo tampoco quería perder el tiempo y aproveché de recuperar, bajo el mueble de estilo del vestíbulo, la guita que apañara proveniente de la coima que vez pasada me soltaran, a fin de llevar adelante la iniciativa que empezaba a darme vueltas con una cierta furia creciente, animal como puede terminar uno. Dispuesto a no bajar el moño, no quería perder a María Paz, ni tampoco joder a los niños. Nada le dije a don Juan Luis del propósito que guardaba a objeto de evitar en él una mayor alarma y, disponiendo de los momentos libres, me dediqué a rastrear en los bajos fondos de la capital las armas que buscaba, en conocimiento de esos ambientes cuando trabajaba en la CNI. La pistola CZ que portaba a diario quería dejarla al margen por estar inscrita a nombre del empresario. A los pocos días, gracias al dato de cierto antiguo gendarme, candidato a alguacil, que tratara en la Cárcel de San Miguel, ubiqué a un fulano de origen panameño que, dedicado aparentemente al comercio de objetos de arte e instrumentos musicales, le compré una pistola Colt de ocho tiros y una Glock de diez tiros, ambas de grueso calibre, casi sin usar, junto a un revólver nuevo Smith & Wesson, de pequeño tamaño, apto para llevar disimulado en el bolsillo de la chaqueta. Mediante éstas, compradas a buen precio, muy pronto les haría bailar la cueca negra, dispuesto a ponerle término a una amenaza que merecía pagarse con sangre fresca, hijos de puta. Hacía bastante que no empuñaba en serio un arma y, dispuesto a recuperar la capacidad, empecé a concurrir a un polígono medio clandestino, ubicado en el subterráneo de un depósito en la calle Santa Rosa, donde aproveché de probar el material comprado, de un normal funcionamiento como ratifiqué ante los blancos, dándole gusto al dedo. Me gustaba disparar, si

bien nunca había muerto a alguien, sólo herido a cuchillo a más de uno, aunque por ahí, en una reyerta sostenida antes de entrar a Gendarmería, tal vez me había sobrepasado. Así de clara me resultaba la cuática adoptada bajo el riesgo que significaría enfrentarlos y, pronto a terminar esas benditas vacaciones escolares, comprometí a los miserables de juntarnos el viernes siguiente a almorzar en el restaurante Il Piacere, en plena Bellavista, pues era bueno según les expresé, desanudada la voz de cualquier falso respeto, planificar con mayores detalles los pasos a cumplir. Don Juan Luis sobrellevaba entretanto unos días amargos, deseoso de que a la brevedad María Paz asintiera irse a Washington, viaje que ella consideraba inútil, prescindible, más que nada por interrumpirse el estudio de los niños y el curso de sus vidas, llegando a señalarle en privado al marido de sospechar que, tras la decisión de hacer las maletas, existía otro motivo, la quiebra comercial del holding que, entre otras cosas, significaría la pérdida de la herencia de su padre, incorporada en mala hora a la empresa al casarse. Era preferible que ella cayera en ese error de apreciación, carente de sustento, antes de que supiera la realidad que se cernía sobre la familia, consecuencia de haberse solicitado tiempo atrás el concurso de los sicarios. No obstante, por otro lado me dolía por dentro que, frente a mí, nada dijera respecto a nuestra posible separación, olvidada de los latidos que le hiciera palpitar, pero como sabía, María Paz era reacia a expresar sus sentimientos, incluso ante los hijos, los cuales a veces parecían más cercanos a la Simona, atenta y cariñosa. En cualquier caso, esa separación no se efectuaría, reflexionaba, dispuesto a encacharme y llegar a todo con los sujetos. Aquel viernes empezó siendo una jornada más y, luego de acompañar al empresario a su despacho, el cual me informó en el camino de tener ya los pasajes de avión, fijados para viajar dentro de cinco días a Estados Unidos, le dije al bajarse que dejaría el auto en revisión técnica hasta la tarde y, al

quedar solo, el anuncio de la fecha próxima me resultó demoledor. Veríamos, sin embargo, qué pasaba ese día quizá largo, ojalá eterno para ellos, dirigiéndome de inmediato a la pensión después de entregar el Porsche en el garaje. Conservaba las armas en el cuarto, mantenidas en una bolsa de plástico debajo de una tabla del piso, las que retiré cuidando después de apertrecharme de la mejor manera, lejos de las evidencias a la vista. Finalmente, chequeándome frente al espejo, las pistolas quedaron ubicadas en la cintura a cada costado, tapadas por la chaqueta holgada, entretanto el revólver de cañón corto lo guardé en el bolsillo izquierdo de ésta. Sentía el cuerpo preparado frente a las circunstancias, cómoda cada arma en su lugar, deseoso de usarlas hasta agotar la última munición si era necesario, caliente la sangre como un perro de caza. Como todavía faltaban unas horas, aproveché antes de salir de pagar la mensualidad que le adeudaba a la dueña de la pensión y, sin apuro alguno, me dirigí al centro de a pie donde, luego de vagar un rato por allí y de seguir el movimiento de la gente, familiares como me resultaban esas calles donde alguna vez fuera un lanza de cuidado, entré a una ferretería en el sector de Mapocho a comprar un rollo de huincha adhesiva que me sería necesario. Nada más me faltaba, excepto quizás haberme encomendado a la Virgen de Lourdes, pero al menos, así esperaba, ya habría tiempo para agradecerle. El día pintaba bonito a pesar del frío y después tomé por el Parque Forestal, alzado el cuello a fin de protegerme, silbando el recuerdo que tenía de una antigua canción de Pedro Messone. El sol brillaba en cada hoja volviendo más transparente el paseo en un confuso temblor de luces y sombras. Era un mediodía cubierto por cierto leve esmog que hacía más solitario el camino arbolado y, al alcanzar a paso lento el desorden de Plaza Italia, bajo el rumor de los vehículos, crucé el puente en dirección hacia la calle Pío Nono, donde se encontraba el conocido restaurante. Estaba casi desierto como lo hallé al

entrar, formado por sus mesas en línea y el bar al fondo del local. Coincidía con el propósito de elegir una mesa a mi gusto, ojalá en un rincón, pero no lejos de la puerta, como fue la que ubiqué de inmediato. Sentado frente a las sillas de las dos personas que esperaba, como le indiqué al camarero, junto con solicitar un pisco sour, pude sacarme a éste de encima rápidamente a objeto de preparar, amparado en la caída del pliegue del mantel, el dispositivo previsto. Sin nadie a la vista como según sapié, me puse a la tarea de colocar ambas pistolas, sujetas mediante la huincha adhesiva, en la superficie inferior de la mesa, dirigidas contra los espacios de las silla. Luego de hacer aquel rápido preparativo, solté las pestañas de seguridad a favor de dejarlas a punto de usar. Vistas de lince como los conocía, habituados ayer a hurgar en el prójimo indefenso, buscaba que ninguno de ellos me sorprendiera armado, desabotonada la chaqueta, visible la camisa, al levantarme a saludarlos con una falsa efusión. El restaurante empezó al poco rato a llenarse de público, casi todo parecido, donde se destacaban unos pequeños grupos de oficinistas parlanchines, de empleados de negocios de seguro cercanos, de quienes se advertía que eran clientes habituales, hasta que finalmente, minutos después de la hora acordada, Cansino y el Polaco irrumpieron buscándome con la mirada entre las mesas, trajeados con corbata bajo la confusión del orden diario de esa gente de trabajo. Tuve al descubierto en ese instante, como si a través de la puerta entrara una mayor luz, que ahí estaban los excompañeros transformados en lo que siempre habían sido, ajenos entonces a mí por ser todos iguales en la CNI, aunque yo tampoco era mejor, decidido a practicar el sucio juego de matar, dominado por ellos al igual que la liviandad del pool y de la cumbia en los momentos de relajo. Por suerte la Cati López no venía, bruja como era, capaz de cualquier infamia. Sentándose ambos frente a mí, luego de darles la bienvenida, dispuestos en apariencia a pasarlo en el mejor de

los mundos, comprendí que el instante había llegado, si bien Cansino preguntó enseguida qué comeríamos y de mi lado, amparado en el gesto de ponerme la servilleta, bajé las manos con naturalidad expresándole, te sugiero los ravioles al pesto. Jamás lo acompañaría con ese u otro plato porque, como tenía claro, el único modo de ponerle término a la vileza que pretendían, era liquidarlos enseguida, decidido no sólo a salvar a los niños del secuestro sino también a María Paz del viaje al extranjero, de la cual quería proseguir siendo lo que era a espaldas de don Juan Luis. Dependía de ella, dispuesta a perseverar o no con el roto que he sido y prosigo siendo, hijo de La Pincoya. Al efectuar ese movimiento bajo la superficie de la mesa, empuñé cada pistola junto con advertir confuso que, sueltas y pendientes, colgaban a punto de caer al suelo, débiles las huinchas adhesivas debido al peso, ante lo cual saqué violentamente las pistolas al descubierto, opacas ante la luz fluorescente del techo, unidas al hecho de empujar con igual fuerza la mesa contra ellos. Sin pensar en más, vacío de cualquier cálculo, arrojado al precipicio o la salvación, de pie abrí fuego a mansalva escuchando entorno, semejante en ese momento al ruido lejano de una ola, cómo el público sorprendido empezó a apretar cueva entre las sillas de pronto volcadas. Derribado el Polaco con la cara destrozada, semejante a un bofe sanguinolento, cuyos ojos aún brillaban perplejos, dejé de seguir por un momento la presencia de Cansino, que, herido en una pierna, buscaba protegerse dentro del revuelo creado en Il Piacere, hasta que, volteado frente a mí empujado por alguien, le acerté esta vez en el cuello, mientras él me devolvía el balazo, gritándome asfixiado lo que no podía escuchar bajo el estrépito. Estaba logrado lo que perseguía según me daba cuenta, mareado, sin embargo, por la sucesión de los momentos ocurridos, tan rápidos como en una película, pero cuyos ruidos hasta ese instante no percibía. Dispuesto a huir antes de que llegaran los pacos, entremedio del pánico que

reinaba en el interior, pude acercarme con dificultad a la puerta y, por último, al salir volado a la calle dentro de la estampida, a la vista de los curiosos en la acera contraria, eché a correr botando las dos armas a un tacho de basura próximo, donde varios pasos más allá, debido a un súbito dolor agudo, percibí que tenía mojada la camisa, consecuencia de una herida en el pecho que sangraba unos gruesos hilos. Era una punzada que desaparecía por momentos, sobre todo al apoyarme en la pared, débil como de pronto me hallaba. Aún mantenía el revólver de cañón corto en el bolsillo de la chaqueta, dispuesto a extraerlo ante la menor dificultad, seguro entretanto del objetivo logrado, en que atrás habían quedado en el suelo esas dos basuras saltando sobre sus cuerpos al huir. Sofocado llegué a la esquina con Dardignac, sin fuelle para continuar, agotado como me sentía cada vez más, al igual como me ocurría siendo aspirante a gendarme en los ejercicios de instrucción y, al aguaite del primer taxi, sin un lugar cierto al cual dirigirme, lejos de unos brazos familiares que me acogieran, remoto en esas condiciones de apelar al empresario o a su mujer, tuve la suerte a los pocos minutos de tomar uno expresándole al chofer por señalar algo, en verdad no sabía hacia dónde en particular, que me condujera a la avenida Pocuro. Indiqué esa dirección porque sí, debido tal vez por estar lejos. También podría haberle dicho que me condujera a la residencial de la calle Santo Domingo, aunque la dueña, vivo el ojo, advertiría mi estado y me denunciaría. El trayecto me permitió recuperar cierta serenidad y escuchar instantes después a través de la radio, mediante una noticia de última hora, el reporte del suceso que se provocara en el restaurante Il Piacere. Según la información, dos habían sido los muertos en la refriega, fallecido uno camino al hospital, de seguro Cansino, abrigando recién ahorita con seguridad, abierta la ventanilla ante la falta de aire, que el propósito estaba plenamente cumplido, deseoso de comunicarle la nueva

a don Juan Luis y, en particular de hacerle saber a María Paz que este suceso, fuera de las explicaciones a dar, había sido un acto de amor por ella. Me preguntaba mientras seguía el recorrido, temprana la tarde, si llegaría a hacer suya esta conclusión, bañada de semen y de sangre como de pronto la entreveía. El pañuelo colocado bajo la camisa tampoco evitaba detener la hemorragia, cada vez más débil como me cachaba por dentro, viendo por momentos que afuera la ciudad perdía su nitidez, incluso su ruido monocorde, por lo cual empecé a luchar a fin de no perder la conciencia. De pronto me iba en un cierto letargo que aparecía y a continuación desaparecía, semejante a la orilla en un sueño. Al advertir que luego de dejar atrás Rancagua, comenzaba la avenida Pocuro, le dije al chofer con cierta dificultad, convencido acaso de que yo iba borracho, estar por completo equivocado de rumbo y, dando la vuelta en la primera esquina, se dirigiera después hacia Recoleta arriba, dinero tengo, le añadí con la boca pastosa, adelantándole bajo un ensayo de sonrisa unos arrugados billetes sacados del pantalón, a punto de ensuciarse éstos ya que proseguía ensangrentándome. Un poco más en esa situación y terminaría por manchar el asiento, recordando el Porsche que manejaba a diario, invadido gracias a la memoria por la atmósfera del perfume de ella, rosado como siempre lo sentía. Si bien el secuestro de los niños no se cumpliría, ni tampoco en consecuencia aquel viaje a Washington, me daba cuenta además, mientras el taxi cruzaba de regreso al origen, de que cada vez me alejaba del témpano ardiente de María Paz, camino a la población donde naciera y me desarrollara, en la cual había decidido terminar el viaje a falta de otro lugar, aunque ahora nada supiera de la vida allí. El conchudo origen que no salva a nadie. El Guarén que yo fuese alguna vez, resultaría un ser desconocido, sin nadie a quien recurrir en auxilio, confundido por un delincuente más que buscaba dónde esconderse. El trayecto realizado a continuación por la

populosa avenida Recoleta, luego de dejar atrás Vespucio, mostraba un Santiago oculto que proseguía igual y a la par distinto, bajo un pavimento lleno de baches que ayer levantaba un polvo ceniciento. Volvía sin otra esperanza que echarme a descansar donde fuera y, entretanto, miraba el pasado que trataba de recuperar. La pobreza no resultaba peor que antes, pero indicaba estar radicada, dispuesta a perdurar, como lo demostraban esas casas de tablas de techumbres bajas llamadas ranchas. No me sorprendió que el taxista detuviera el auto a la cuadra siguiente, casi al entrar la arteria en el callamperío y me señalara, sin sacarme la mirada de encima por el espejo retrovisor, que me dejaba hasta allí, siga ahora usted por su cuenta, iñor. Tenía razón el veterano de cuidar su pellejo, pues yo también sabía desde siempre que nadie de afuera entraba a La Pincoya gratuitamente, empezando por los carabineros. Bajo las señales de ser un territorio propio, las zapatillas arrojadas por las nuevas pandillas, vaya a saberse desde cuándo, colgaban inmóviles de los cables eléctricos. Luego de darle el resto de los morlacos que me sobraban, me bajé a tientas inseguro de mis pasos, débil al respirar, viendo enseguida cómo el taxi regresaba al otro mundo del cual yo huía, cargado súbitamente el cielo de unos nubarrones grises, pronto tal vez a caer las primeras gotas de lluvia del año. Al mirar alrededor sentí la antigua soledad que me acompañaba cuando, saliendo de la población para tomar la micro que me conduciría al encuentro con las luces del centro, caminaba por esos potreros que, sucios de basuras y desagües que corrían, estaban siendo habitados por nuevos marginados. Me ahogaba la falta de aire que no podía aspirar, deseoso de recuperar el aliento, sofocado por una mordaza. Como el guarén permanece en una madriguera que cava en el suelo, extenuado y caído de rodillas finalmente, empecé a ahondar en el palmo del sitio donde tropecé, mediante la ayuda de las manos en el suelo árido y recalentado, bajo el propósito de

esconderme en un hoyo hasta morir, cerca como sentía chingar invisible la guadaña. Volvía a las entrañas de la tierra al igual que un roedor, con una vida que arribaba a su término, de la cual si algo había aprendido era a darme cuenta de que regresaba a la oscuridad sin nada cierto, en tránsito de un quehacer a otro, de los que sólo permanecería para nadie cierto amor clandestino, despanzurrado ahora en medio del polvo creciente que escapaba de los terrones, rodeado hasta donde mirase por los envases de plástico vacíos, los pedazos de ladrillos, los neumáticos quemados, los cascotes de vidrios, las latas oxidadas, desperdigados en la superficie del terreno eriazo, dedicado a escarbar con las manos, cada vez con menos escasas fuerzas, libre ya de la chaqueta húmeda de sangre, donde aún conservaba intacto el revólver, la entrada que me sumergiera para siempre en la ratonera, pues por algo cerca de allí, encendidas las primeras ampolletas en los estrechos pasajes de la población, algún día en la infancia había sido bautizado como el Guarén.

V

Nada comentó el empresario esa noche en casa tras seguir el noticiero de la televisión, extrañado además de la súbita ausencia de su guardaespaldas, pero como pudo deducir con el paso de las horas, insomne hasta cerca de la madrugada, aquel episodio en el restaurante explicaba todo suficientemente. Dejaba en claro que el entuerto había ocurrido entre ellos en una pelea de guapos sin ley. Al día siguiente, recuperado en parte del suceso que terminara en un baño de sangre, liberado en consecuencia del chantaje al cual estaba siendo sometido, se disculpó ante su mujer bajo unas sentidas palabras al señalarle que, luego de pensarlo detenidamente, no valía la pena hacer ese viaje con los niños y, de paso, aprovechó de comunicarle, siempre con un aire de remordimiento, que el hombre a cargo de la custodia había cesado en sus tareas. No regresaría con ellos y ni siquiera se había despedido. María Paz guardó silencio ante la ventana empañada de su dormitorio, absorta quizás ante la lluvia discontinua que proseguía cayendo desde la tarde anterior, adelantado como se presentaba el invierno ese año, pero luego dijo, qué lástima más grande, tenía la idea de haber ido hoy a la costurera en Buin, pues me tiene listo un vestido que usaría para el viaje que no haré. Nada más se expresó entre la pareja esa mañana a primera hora y, cada cual en lo suyo, mientras don Juan Luis esperaba el taxi solicitado por teléfono, a falta del auto depositado el día anterior en el garaje, con el propósito de dirigirse a su despacho donde, a pesar de ser sábado, lo aguardaba una reunión, se sentó cabizbajo en el vestíbulo, sin otro examen

que la suerte corrida por el Guarén la jornada anterior. Seguramente salió también mal parado, reflexionó, quedando por ahí vaya a saberse cómo, pero bueno, al fin de cuenta, según parece, lo hizo bajo la ley de la calle a la cual pertenecía. Entretanto, en la soledad del segundo piso, protegida por la bata de gasa, María Paz deambuló a través de las diversas habitaciones, a la búsqueda de nada en particular, perpleja incluso de su propia conducta. Tenía presente a quien le aceptara aquel tajo hecho en el muslo, visible y encarnado aún, pero que, sin dar una palabra de explicación, se hubiera marchado tal vez lejos, aunque como bien sabía por experiencias domésticas, a la búsqueda de una respuesta fácil, nunca se debía confiar en exceso en el rotaje contratado, traidor por su origen indio. No obstante, al devolverse a la ventana, brillante el asfalto de la cuadra debido a la humedad, divisó pasar una figura por el frente de la casa y, al prestar mayor atención, concluyó, ay Señor mío, que no era él precisamente. En aquel momento un taxi se detuvo ante el chalet y vio salir a su marido cruzando el bonito jardín, apurado de llegar pronto a la oficina donde lo aguardaban. Después de escuchar cerrarse la puerta de afuera, ruidosa la verja de picas, el silencio se adueñó de la casa como un puño apretado, dormidos aún los niños, a la espera Simona de subirles el desayuno. María Paz finalmente se dio media vuelta y se sentó en el taburete ante el tocador, mirándose a los ojos en el espejo ovalado, donde sólo encontró los pliegues de sus arrugas al desnudo, indignada como se sentía, cada vez más abandonada por el hombre, quizá te fuiste porque robaste algo valioso, murmuró para ella, matón de esquina, yo que hoy deseaba volver a Buin contigo.

ADDENDA

Dedico estas páginas a todos aquellos, hoy sin nombres, olvidados bajo la cadencia de los días, que con sus acciones ciegas no sólo tiñeron de sangre la vida de otros, sino que además facilitaron por omisión, excluidos de la vida social fuera de su voluntad, a quienes desde el acto del castigo levantaron una historia anónima del mal, al modo como sucede en estos días con una mayoría cuando, si nos miramos a los ojos, la sociedad establecida no está ajena de la delincuencia y de la corrupción, como tampoco sus poderes. Basta seguir los acontecimientos con algún cuidado para observar cómo todos, unos más que otros, participamos en la cruzada de matar a esos supuestos enemigos que, surgidos de las entrañas humanas, hicimos a semejanza nuestra. Si la literatura de poco sirve hoy, si es que alguna vez ha tenido una tarea primordial, al menos permite a través de la ficción traer a la realidad mundos posibles, a veces entrecruzados, donde situar, como en el caso de este pequeño libro, unas vidas condenadas.

Hoy en Santiago, 27 de febrero de 2012, bajo la lectura de la novela *La otra parte*, del pintor Alfred Kubin, situada en la ciudad imaginaria de Perla, publicada originalmente en 1909.

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en el mes de octubre de 2012, en los talleres de
Salesianos Impresores S.A., Santiago de Chile.
Se tiraron 1.000 ejemplares.